

DONDE DUERMEN LOS GORILAS

Alfredo Germignani



Literatura Tropical

Germignani, Alfredo

Donde duermen los gorilas / Alfredo Germignani. - 1a ed. - Barranqueras :

Agustina Bartoli, 2020.

150 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-86-5160-6

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. 3. Cuentos de Ciencia Ficción. I. Título.

CDD A863

Dirección Editorial: Alfredo Germignani - Agustina Bártoli

Diseño Editorial y Maquetación: Leo Guardianelli - Fernando Funes

Fotografía de Solapa: Laura Aguirre

Corrección: Claudia Goy



Literatura Tropical

www.literaturatropical.com

literaturatropical@gmail.com

Este libro se terminó de imprimir en el mes de agosto del año 2020 en
Córdoba.

Impreso en Argentina

Hecho el depósito de Ley N° 11.723

© Todos los derechos reservados

PRÓLOGO

ADVERTENCIAS PARA INGRESAR A UN MUNDO PARALELO

Advertencia: Si usted no sabe a qué nos referimos cuando hablamos de gorilas, NO se acerque a la obra. Puede que su sensibilidad se commueva y de repente, se altere su manera de percibir el mundo. Alfredo Germignani utiliza palabras-símbolos que representan nuestra historia como argentinos. Aquellos seres nos asustan, aunque, en ocasiones, podamos sentir crecer un pequeño gorila dentro de nosotros. Nadie es tan cercano a nosotros como el supuesto enemigo...

Donde duermen los gorilas es el nombre del cuento más extenso que compone el libro que lleva el mismo nombre. La elección es clara, debía llamarse de este modo porque al leerlo se comprende el universo que constituye la obra.

El texto se compone de nueve cuentos que narran un futuro extraño y quizás algo extremo, como siempre, en el norte. La ficción de Alfredo hiperboliza los sucesos naturales y la sensación de quien lee es de empatía. Resulta imposible no acompañar a los personajes en el sufrimiento porque en la República Tropical todo es posible y creíble. Entendemos el enojo de Patricio Punk ante la inundación y la bronca de Cindy ante el maltrato policial.

Androides, humanos robotizados, muñecas inflables, corrupción, robos, inflación y la miseria del egoísmo humano se exponen en distopías caóticas porque sobrevivir a este mundo demanda ser valiente, astuto y extremo.

Desde un futuro, no tan lejano, se denuncian las miserias del presente y nos conectamos con las actitudes egoísticas del día a día. El hombre devora al hombre bajo los diversos reinados del Gran Monkey. La falla es social y el triunfo, si existe, individual. Sobrevivir, entonces, es encontrar la manera de demostrar la astucia porque en el fondo de la mierda o la miseria, seguimos con vida y todavía se puede luchar.

Donde duermen los gorilas es un libro sobre las minorías, los distintos, los marginales o aquellos que se la rebuscan. Ellos son los que levantan la voz y gritan las miserias de los gobernantes, funcionarios y corruptos de turno.

Por otro lado, se denuncia que la vida se organice en base a la exposición pública. En el cuento que da nombre al libro leemos: “Obviamente había gente que no estaba de acuerdo, pero la gran mayoría tropicana abrigó con ilusión y esperanza la posibilidad de que sus difuntos pudieran formar parte del patrimonio cultural”. El arte necrófilo de Godofredo Epifanio forma parte de esa cultura del espectáculo que hace de la búsqueda de la fama una actividad sin escrúpulos. El cuerpo humano se fragmenta y se exhibe.

En el futuro hay situaciones que no cambian, por ejemplo, el desprecio por el arte y los artistas continúa vigente. Godofredo, decide que hay que tomar venganza ante las humillaciones recibidas y sus obras salen a la calle a manifestarse. Entonces, él se pregunta: “¿Saben, ustedes, dónde duerme un gorila?” Los periodistas lo escudriñaron rabiosamente. El viejo Epifanio sostuvo la mirada.

—Un gorila duerme donde se le da la gana —sentenció, y se desató la carnicería.

Alfredo nos hace pensar sobre los límites del arte. ¿Cuáles son los elementos que pueden utilizarse para crear? Porque está claro que el arte y la literatura como parte de él, no deben despertar estúpidos “qué lindo”. Alfredo busca otras reacciones.

Él construye su obra con finales abiertos que dejan al lector con la sensación de ¿y ahora qué? Hay que aprender a llenar los espacios, a completar lo que en el juego ficcional se nos cede como responsabilidad. Leerlo es una experiencia que te demanda compromiso porque ahí están los ñeris, los travestis, los androides y todas las minorías que sufren el abuso de la policía, como en “Humo de marihuana”, pero que todavía pueden pensar en redención cuando compensan esos agravios con otros.

En “El interventor” se narra cómo los contactos sirven para acceder a cargos de poder. No importa si usted se halla capacitado o no para tal fin porque el dinero que promete su posición hace la propuesta más que tentadora. Los personajes de Germignani exhiben sus miserias. Ninguno es inocente, aunque todos cuentan con un momento de redención. Alfredo parece querer decirnos que nadie es bueno o malo, simplemente hay que sobrevivir y toda estrategia es válida bajo el gobierno del Gran Mono.

En “El garrote” vamos al pasado y recordamos que en el principio fueron los primates y de ellos viene gran Mono o ¿volvemos a ellos? En definitiva, pasado y futuro parecen repetirse. ¿Evolucionamos o involucionamos? ¿Qué significa evolucionar?

Los cuentos se conectan entre sí por los lugares que circulan los personajes, las oficinas que ocupan y los puestos de trabajo porque como lo sabemos en las ciudades chicas todos nos conocemos.

La ciudad y sus instituciones son tan protagonistas como los personajes.

Asimismo, la naturaleza tropical toma vida y deja de ser simple paisaje cuando se torna protagonista en “Una aventura ecosexual”. En el cuento se destaca el poder del lenguaje y la manipulación de las creencias. Bajo el efecto narcótico de las palabras y otras drogas se cometen las más disparatadas aventuras y rituales.

En “El bautismo” se relatan los extremos del fanatismo y la búsqueda de un mecenas que colabore para alcanzar la fama. Los artistas encumbrados suelen mirar hacia abajo para ayudar a otros, hacerlos vivir una vida de popularidad y disfrutar de su emergencia, en todos los sentidos. Todos quieren y buscan reconocimiento, hasta Cock Roach, “la primera cucaracha doméstica en tener nombre y ser declarado «Ciudadano Ilustre»”

Las metáforas forman parte de la ficción y son los lectores atentos los que deben proceder a interpretarlos. Un funcionario cucaracha y un gobernador Gran Mono... no hay mucho para pensar. Me refiero a que Alfredo apela al lenguaje codificado, pero no cerrado, podemos entenderlo porque él quiere ser entendido.

La violencia hacia los gobernantes y desde ellos hacia el pueblo es extrema y despiadada. Pero no todo es sufrimiento y abuso de poder bajo el reinado de Gran Mono porque él se acuerda del pueblo y les regala muñecas inflables para liberar sus deseos carnales y a nosotras, las mujeres, nos brindó este regalo: “organizó entregas gratuitas de cápsulas inyectables de solución salina para aumentar la densidad de las tetas de las mujeres y ganar así el cariño popular de la gente”. Estas medidas populares lo mantienen en su puesto.

Para completar la asistencia, el gobierno distribuía bolsitas alimenticias que mantienen con vida a los más necesitados. “Con las bolsitas vitamínicas evitamos que se mueran, y estamos erradicando la delincuencia”, había declarado una semana atrás el ministro de la Felicidad, Teobaldo Cauteloso.

Todo lo ve y lo controla el omnipotente y omnipresente Gran Mono, pero obviamente desde lejos. Su nave panóptica lo mantiene al margen del contacto real. “La astronave de Gran Mono salía eyectada hacia la atmósfera, se remontaba a la estratosfera de manera tal que en uno o dos minutos podían estar, él y su séquito de peluqueros, tomando decisiones de alto impacto institucional, en un paraje selvático de Pampa del Infierno o en Villa Río Bermejito, en una ubicación secreta, obviamente.”

La prensa siempre juega un rol fundamental y en el gobierno de Gran Mono ella lo difama y destroza artistas o personalidades como Cock Roach, la cucaracha parlante funcionaria.

Donde duermen los gorilas se lee escuchando Los violadores o Sex Pistols porque al libro lo que le sobra es actitud. No se acomode en su silla porque la lectura lo va a despertar como si hubiera recibido una patada ninja.

Alfredo necesita de un lector cómplice que siga su lógica, que se conecte con los senderos de sus pensamientos y recorra junto a él el camino que nos propone en cada cuento. Las referencias a los lugares y a los acontecimientos nacionales y provinciales se conjugan como en un libro de historia. Sin embargo, no se trata de una descripción lejana sino, que se vive porque la realidad lo atraviesa y, como escritor, la única manera de digerirla es vomitarla como ficción. La literatura sana y *Donde duermen los gorilas* es el medi-

camento de venta libre, de uso social, recreativo, pero nunca pasista. Leerlo nos demanda tomar partido porque ante *Donde duermen los gorilas* los tibios desmayan y los débiles huyen.

Noelia Albrecht

Escritora – Licenciada en Letras

EL INTERVENTOR

Terminé confeccionando piezas gráficas para la empresa de Servicio Energético del Benefactor Absoluto. Era un salario generoso, sin duda de lo mejorcito que podría llegar a tener una persona sin carrera universitaria como yo. Naturalmente, por mis propios medios no podría haber dado con un empleo de ciento veinte mil pesos anuales.

El doctor Inchauspe me dijo en confianza que el Interventor era una persona docta en la materia y que pondría fin a la corrupción y a la debacle financiera de la empresa energética. A mí realmente me importaba un pito que la empresa se hundiera o no. Mientras me pagaran yo haría mi trabajo.

Intenté no ser tan explícito con el doctor Inchauspe, sabía que heriría sus sentimientos ya que él me había conseguido la entrevista con el Interventor.

—A mí me parece que nada de esto tiene sentido, Inchauspe —comenté, encendiendo un cigarrillo—. Pero lo haré de todas formas, ya sabes lo que pienso sobre el asunto de la Intervención.

Inchauspe carraspeó la garganta llevándose la mano a la boca. Estaba ansioso. Y vociferó, agachando la cabeza y acariciándose la yema de sus dedos:

—Bueno, ejem... tendremos que aportar el diez por ciento de nuestro salario a la causa del Benefactor Absoluto.

¡Malditos abogados! Siempre se quedan con una tajada de tu trabajo. Igual ya estaba ahí, qué más podía hacer.

—Bueno, sí, qué problema hay —mascullé, apretando los dientes—. Si es por el Benefactor...

—Ahora acompáñame, conocerás al Interventor.

Caminamos un largo trecho a través de un pasillo húmedo e iluminado por tubos fluorescentes negros y proyecciones tridimensionales de protones, electrones y neutrones suspendidos, fucsias y hermosos, en el techo. Subimos unas escaleras zigzagueantes ornamentadas con tiras de neón hasta llegar a un piso intermedio ladeado por helechos artificiales y un expendedor de fármacos depresores del sistema nervioso central. Mientras caminábamos yo depositaba mi bronca mirando la nuca de Inchauspe. Avanzamos por otro pasillo, más angosto, decorado con fotografías *revival* de imponentes estructuras metálicas de cables alta tensión. Más adelante, una hilera de boxes combaba una amplia y penumbrosa sala de estar. Un foco rojo titilaba en lo alto.

—Aquí tendremos que esperar al Interventor. Es una persona muy ocupada —apostilló Inchauspe usando un tono severo.

—Lo entiendo perfectamente —asentí. ¡Mierdas! Hasta para robarte tu dinero te hacen esperar.

Una hora y media dimos vueltas en círculos. Recién después salió un receptor a través de una puerta de cristal corrediza y se presentó como Pérez, director de Artefactos Culturales. Tenía aspecto bonachón, panza de uva y por la manera en que ladeaba su sonrisa enseguida me di cuenta que practicaba el chovinismo rancio de los ortodoxos laderos del Benefactor.

—El Interventor los recibirá en unos minutos, pueden acompañarme por favor. —Se inclinó respetuosamente y extendió su brazo invitándonos a pasar.

La oficina del Interventor giraba sobre sí misma mediante un mecanismo hidráulico digital reverberante, encastrado encima de una plataforma circular provista de todo lo necesario para dar vueltas sobre sí misma. Su mecanismo de rotación se detuvo y un portal se abrió al medio.

Al ingresar, Inchauspe sacudió la manga de mi camisa. Era más que evidente que el doctor se inquietaba ante la presencia del Interventor. Tenía la frente perlada de sudor y por momentos soltaba una sonrisita quebradiza.

El Interventor era una persona singular y amalgamada. Manipulaba una tableta androide con la cual interactuaba con el Benefactor Absoluto. Lo supe inmediatamente cuando nos enseñó el monitor; allí aparecía él, el Benefactor Absoluto transmitiendo un mensaje claro y contundente tal y como estaban acostumbrados en el marco de la solemnidad que imponía su omnisciente presencia: “Si hay que soportar la desgracia, que al menos no sea la nuestra. Es la única ganancia que nos queda. Sacrifiquen a quien sacrifiquen, la Corporación vencerá”. Tras el mensaje el monitor se apagó en un punto blanco cacofónico. Seguidamente, el director de Artefactos Culturales se impostó detrás del escritorio, junto al sillón del Interventor, quien extrajo de una cajuela plateada una pieza panfletaria de carácter político, y la evaluó muy ceñudamente.

Inchauspe intentó interrumpir aquel protocolo pero el director de Artefactos Culturales lo fulminó con la mirada.

— ¡Acá está faltando nuestro isologo-tipo! —refunfuñó el Interventor mientras Pérez asentía, evidentemente estresado, ajustándose el nudo de su corbata.

— ¿Dónde, Interventor? —bisbiséó Pérez.

— ¡Acá! ¡Acá! —gritó sacudiendo el panfleto. Luego señaló con su dedo índice el ángulo inferior de aquella pieza de textura ahuesada, no más grande que su mano—. ¡Ves! ¡Son unos hijos de puta! ¡Así no se puede gestionar! ¡Te dije que debías controlar a los diseñadores gráficos! —Hizo añicos el panfleto y le surtió un sopapo en la nuca a Pérez. Sonó seco y doloroso.

—Ejem... —quiso decir Inchauspe.

Ambos funcionarios sacudieron sus cabezas devolviéndole una doble mirada reproba.

—No te metas —susurré yo al oído de Inchauspe.

El Interventor lanzó un suspiro quejumbroso.

—Lo siento —dijo, y así sentado como estaba lo agarró por la cabeza a Pérez y asíéndola por sus enrulados mechones la reventó brutalmente contra el filo anguloso del borde de su escritorio metálico. El cráneo del director de Artefactos Culturales crujió estremecedoramente. Apenas si alcanzó a dejar escapar un fugaz quejido que precedió al posterior derrumbe de su existencia contra el piso del inmaculado parqué de la plataforma circular, que volvió a activar su mecanismo rotor.

Una sinuosa lengua de sangre comenzó a bordear la cabeza partida de Pérez. Junto a una de las patas del escritorio, borbotearon trocitos de masa encefálica. Inchauspe entró en pánico.

—Felicitaciones —me dijo el Interventor—. El puesto es suyo.

EL GARROTE

El miércoles por la mañana a primera hora reuní a todo el gabinete en mi despacho oficial de Señor Gobernador. A todos los mandé llamar. Al secretario de Inversiones, Asuntos Internacionales y Promoción; al subsecretario de Asuntos Energéticos; al subsecretario de Asuntos Institucionales; al secretario General de la Gobernación, al subsecretario de Gestión Pública; al subsecretario de Legal y Técnica; a la subsecretaria de Políticas Comunicacionales; al ministro de Gobierno, Justicia y Seguridad; al secretario de Seguridad Pública y Buen Comportamiento; al subsecretario de Gobierno, Justicia y Orden Social; a la subsecretaria de Asuntos Municipales; al subsecretario de Asuntos Institucionales; al ministro de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología; al subsecretario de Educación; al subsecretario de Ciencia y Tecnología; al presidente del Instituto de Cultura; al ministro de Infraestructura y Servicios Públicos; al subsecretario de Energía; al subsecretario de Proyecto y Programas Especiales; al subsecretario de Inversión Pública; al subsecretario de Transporte; a la ministra de Desarrollo Social; al subsecretario de Desarrollo Económico y Progreso Social; al subsecretario de Abordaje Territorial; al subsecretario de la Familia Tradicional; a la subsecretaria de Juventud; al ministro de Producción; al subsecretario de Agricultura; al subsecretario de Recursos Naturales; al subsecretario de Ganadería; al subsecretario de Desarrollo Rural; al ministro de Salud Pública; al subsecretario de la Buena Salud; al subsecretario de Coordinación y Control Sanitario;

al subsecretario de Atención a la Salud, a la subsecretaria de Promoción y Prevención de la Salud; al ministro de Hacienda y Finanzas; al subsecretario de Hacienda; al subsecretario de Súper Programación Económica y Presupuesto Total; al ministro de Empleo, Industria y Trabajo; al subsecretario de Industrias; al subsecretario de Empleo; a la subsecretaria de Trabajo; a la subsecretaria de Comercio; el ministro de Desarrollo Urbano y Territorial; al subsecretario de Ordenamiento Territorial; al subsecretario de Infraestructura Básica; al subsecretario de Regularización Catastral; al ministro de Planificación y Ambiente; a la subsecretaria de Ambiente Sano; al subsecretario de Desarrollo Local y Regional; al subsecretario de Desarrollo Sustentable y Buen Clima; al presidente de Lotería Chaqueña; al presidente de Servicios Públicos Energéticos; al presidente del Agua Potable y Purificada; al jefe de la Policía Provincial; al mandamás del Escuadrón Motorizado; a la tropa de asesores y consejeros plenipotenciarios; a los cebadores de mates de la Secretaría Privada de la Gobernación; al ascensorista; al personal de limpieza y a todos los demás cualesquiera bajo mis órdenes. A todos los mandé a llamar en carácter de urgente y los amontoné de un lado y del otro, a mi derecha y a mi izquierda, encorvados los hice esperar sobre una larga mesa de barnizado roble que yo, en la punta, encabezaba dando las órdenes. Enaltecido a mis espaldas por los trescientos cincuenta y siete retratos de los señores gobernadores que tuvo el Estado Autónomo de Subtrópico Profundo, lo primero que dije a mis ministros y consortes, ni bien comenzada la audiencia, tal y como lo había hecho desde mi primer día al frente de la Administración Pública Subtropical, fue reiterarles que a las órdenes, acá, así les dije: a las órdenes, acá, las doy yo. Seguidamente los reté. A gritos desaforados los insulté a todas, a todos —y a todes (aunque a mí no me gusta el *todes*) por igual, les insulté—. Fue tan densa y potente la puteada que sus jetas se perlaron de sudor en unos pocos minutos. Les enrostré que eran unos inútiles, unos incompetentes, desleales y traidores mierderos, que cómo podía ser que no salieran a defenderme públicamente ante los ataques mediáticos de que era

víctima constante, cuereado a más no poder por los venenosos titulares del aún más miserable pasquín *La Voz de la Verdad*. **Justamente a mí**,

les dije a mis ministros y a todos los demás, tajeándoles sus truchas con mi lamentona sibilante de puteador con-

vulso consumado, justamente a mí que los había designado bendiciéndolos con mi propio dedo índice mío de mi propia derecha mano, en los cargos que ejercían, hará hoy, exactamente, hace un año y pico. Gracias a mí y nada más que a mí y únicamente a mí, les escupí a los muy sobados, desabrochándome el nudo de la corbata y mostrando las venas infladas de rabia de mi cuello. Gracias a mí y solamente a mí, los interpelé soltando alaridos, ustedes, manga de escuerzos aplastados, babosas embarazadas, corruptos le-guleyos, desforestados mentales, tuvieron la oportunidad de restaurar el orden a los garrotazos y erradicar la anarquía a la que como ciudadanos tropicantes éramos sometidos hace exactamente un año atrás, un año y pico. Usurpaciones intestinas diarias de calles y espacios públicos y violación reiterada a la ley de estética visual; y qué decir del flagelo de la inseguridad y qué decir de los reclamadores sociales y sindicales vernáculos, que nos pugnaban el poder y alentaban el descontrol y la jarana perpetua. Zarandeaba yo mi dedo índice con pasión descontrolada mientras decía lo que decía, insultándoles a todos y a cada uno de ellos y especialmente a los ministros que habían faltado a la reunión sin mi previa autorización: la ministra de Planificación y Ambiente y el ministro de Culto y Religiosidad, respectivamente, quienes viajaron a Buenos Aires a firmar un convenio marco con el ministro en jefe de los ministros de la Nación; viajaron y lo hicieron sin mi consentimiento, lo que me enfureció sobremanera, razón por la cual mandé llamar ahí mismo en ese preciso momento, frente a todos los presentes, a ministros y asesores y cebadores de mate, para darles escarmiento a todos por igual

equitativamente; a mi secretaria privada plenipotenciaria le di expresas instrucciones de ordenar la redacción de un memorándum que prohibiera salir de la provincia a cualquier ministro sin mi firma rubricada al pie de una autorización lacrada con la estampa dorada del Gobierno. No volaba ni una sola mosca cuando los ladeaba con mis ojos tremendos en forma aparatoso y rebalsada. A continuación cerré mi puño y lo estampillé sonoramente contra la mesa, apretando los dientes e imaginando que aplastaba la cabeza de un reclamador serial negro cabeza de gato o de un indio desnutrido o de un empleado público. Valiéndome de una masa de templado acero volví, turbio de nubarones, a gritarles a mis ministros y a todos los demás que, tal como se los había anticipado reiterándoles otras tantas veces, eran unos incompetentes. Unos ineptos fracasados, eso les dije que eran, y les dije además que en este gobierno no había lugar para fracasados ni mucho menos para inútiles —eso les dije. Acá se hace lo que yo digo o no se hace nada, y al que no le gusta puede renunciar, no sin antes sobar mis huevos. Qué se piensan, que van a venir a *primerearme* a mí, ustedes qué se creen, hace más de un año que

vengo aguantando solo **solito yo y mi pobre alma**, sin que nadie me guiñe el ojo, los embates mediáticos y golpistas de *La Voz de la Verdad*, cuyas páginas, si no fueran tan ásperas, ya las habría usado para limpiarme el culo. Qué desgracia, qué decepción. Habiendo sido yo tan generoso con ustedes; habiendo sido yo tan. Ni siquiera pueden tener la decencia de salir a defenderme como me merezco, les recriminé. Porque, y entiéndalo de una vez, yo soy el Señor Gobernador, soy el Jefe, soy el que manda, soy quien da las órdenes. Y ustedes, a la primera pedrada quieren rajar a las juergas que tienen por despacho. Son unos ingratos, pelagatos todos. Antes de mí sólo había caos y anarquía, los reclamadores seriales compulsivos usurpaban las calles todos los putos días había un piquete; y cuando se les daba la gana, cuando se les antojaba porque sí nomás. Y fui yo, óiganme bien, sólo YO y nadie más que YO, quien tomó

la decisión de garrotearlos, balearlos y gasearlos a todos para ponerlos en su lugar de vagos y perezosos y juntamierdas. Lacras, ya nadie quiere trabajar. Lagartos, ya nadie quiere juntar el mango. Esto lo vengo diciendo desde el siglo pasado, cuando anexamos parte de la ex República del Paraguay a nuestros condominios. Yo, y nadie más que yo, lo dije antes que nadie. Estoy plenamente convencido de que la única ley es la del garrote. Lo afirmo plenamente altivo de mis principios básicos de conciencia de mis semividas anteriores, yo personalmente asistí a la primera cacería que ordené ejerciendo la plena facultad de mi investidura. A bordo de una burbuja flotante invisible, y custodiado por la Policía Motorizada Penitente, yo mismo coordiné los operativos de escarmiento contra esos atorantes reclamadores, despotricando alaridos y ejecutando muecas de horror, siempre a los gritos, porque acá quien grita más fuerte tiene la razón. Por eso yo nunca necesité palabras para gobernar a pesar de que me doctoré en Derecho. Así pues, alzando la voz, gritando más fuerte, podía resolverlo todo, incluso los buenos negocios se hacen montando broncas y golpeando la mesa, tal y como hacía el presidente de la Unión Industrial Argentina cuando cenaba con el expresidente De la Rúa en las postrimerías del siglo XX. Son ejemplos que hay que imitar. Así fue que instruí al Comisario General en Jefe para que los persiguieran. Le dije bien clarito: a los vagos reclamadores, oíme bien lo que te digo, que los persigan hasta con la Montada de Acero y los drones hidrantes, que los persigan en las villas y en los asentamientos aéreos, que los garroteen, que les metan bala, que los gaseen —para que aprendan, para que puedan educarse. Porque el garrote educa. Convirtan la ciudad en un campo de batalla si es necesario, ordené al Comisario General en Jefe de la Policía Motorizada Penitente. Esa es la única manera de enseñar buena conducta y respeto por el prójimo, dije, graznando la voz para causar efecto de barricada. Así aprenden los ñeris del Subtrópico, por el lomo. Ni bien culminé mi descargo los ministros ensayaron un caluroso aplauso tras el cual precipitó en venganza y, endure-

ciendo mi jeta como mono malo, mandé pedir con mi secretaria plenipotenciaria un ejemplar del diario *La Voz*. Conté dieciocho segundos hasta que frente a mí tuve un ejemplar con la fecha previamente solicitada por Mesa de Entrada. Dieciocho segundos durante los cuales mantuve impertérrito ambos puños apoyados sobre la punta de la mesa del Salón de los Truculentos donde cursaba la reunión de gabinete que, hay que decirlo las veces que sea necesario, yo encabezaba. Agarré el pasquín y lo sacudí con fruición y les ordené a mis ministros (cuya mayoría, por cierto, eran todos machos) y a todos los demás, les pedí que observen, que miren, que lean las barbaridades que escriben los editorialistas contra la investidura del Señor Gobernador, solamente en el titular de portada, llamándome por mi sobrenombré: MONO NO QUIERE DEJAR LA BANANA, NO QUIERE VOLVER AL ÁRBOL. Vean si no cómo me caricaturizan de manera hiperrealista y desvariada. Y ustedes, arremetí, repuntando la puteada, mirándolos como si fueran cascarudos que yo pudiera pisar y sentir satisfacción al escuchar imaginariamente el crujir del insecto comprimiéndose debajo de la suela de mi zapato; y ustedes, ingratos, por qué no salen a defenderme. Los reté: gente de mi propio partido cuestionando mis decisiones soberanas, cuando yo, a esos que hoy me interpelan, los designé a dedo en la lista de diputados provinciales y nacionales, y si ocupan una banca en el Congreso, a cuyas sesiones de paso sea dicho nunca asisten, es gracias a mi generosidad de líder y conductor. Estamos ejerciendo nuestros cargos por la voluntad popular y yo como Señor Gobernador represento a toda la población tropicante y ustedes, dije a mis ministros articulando un gesto profuso de solemnidad, se deben al ejercicio pleno del mandato que les encomié: trabajar por “el bien común de la gente”. Si no fuera porque *La Voz de la Verdad* es un diario y por la misma razón un medio de comunicación de masas, si no fuera únicamente por eso lo rompería ahora mismo con mis propias manos, y, quiero decirlo bien fuerte, para que quede claro, si no lo hago, si no rompo este ejemplar del diario que sostengo en mi mano ahora mismo, es porque el Señor Gobernador, o sea yo, se

debe, sobre todo, a las formas protocolares y la corrección política y simbólica de mis actos. Y las formas son las instituciones, el respeto por las instituciones y la convivencia disciplinada en el marco de las leyes que nos regulan y que yo debo hacer valer por el ya citado bien común y además porque, mal que les pese, a mí también me votaron. Y muy a pesar de los embates rastreros de la familia Ferro, propietaria del dizque diario al que hago referencia, que pretende extorsionarme para recibir un pedazo succulento de la torta publicitaria del aparato estatal. Les digo, no vacilaré en aplastar la cabeza de quien tenga que aplastar en caso de que tenga que aplastar cabezas, lo voy hacer con gusto: aplastar cabezas. A esto último lo dije sosteniendo mi puño en lo alto, bien cerrado y fuerte, por encima del hombro, aventándolo a fin de inyectar dosis potenciadas de rencor e ira en mi discurso y, al mismo tiempo, barnizarlo de crispada exasperación. Justamente, proseguí, uno de los puntos más trascendentales por el cual los convoqué en reunión de gabinete está ligado al orden institucional, más bien, me corrijo, al peligro inminente que corre el orden institucional tal y como lo conocemos desde que yo soy el Señor Gobernador de todos los ciudadanos tropicantes. Mis ministros abrieron los ojos como platos soperos cuando mencioné que la vida institucional del Estado Autónomo del Subtrópico corría peligro. Sabía yo, en realidad, que mis horas como Señor Gobernador estaban contadas y era (también) cuestión de tiempo que mis ministros lo supieran así que resolví decírselos yo mismo a fin de generar atmósfera de pánico y corridas histéricas. Enviando, así, un claro mensaje político de provocación para propios y extraños. Adentro y afuera del Partido Oficial recalqué que quienes fueran leales a mi conducción obtendrían recompensas dineras a través de jugosos planes de negocios (que yo, obviamente, ya había consustanciado en mi beneficio personal propio muy particular). Tales compensaciones sólo pueden merecer lealtad no ya a mi investidura de Señor Gobernador sino al símbolo que represento yo mismo con mi propia personalidad y mi propio estilo en las sociedades clase-media biempensantes, que ciertamente expresan lo

que todos queremos para nosotros mismos como sociedad organizada: que no nos jodian mientras estamos intentando ganar dinero. Hice una pausa y los escruté en apaisado plano americano. Exhalé un suspiro de fastidio relamiéndome los labios para después montar un gesto de crepuscular fetidez, reafirmando con ello que ejercería el poder como si estuviéramos disputándonos la supervivencia en el fin de los tiempos. De alguna manera lo era. El fin de los tiempos. El instinto salvaje es político por naturaleza. La convicción es pasto de idealistas y románticos. IMBÉCILES. No tienen idea de lo que soy capaz. No tienen idea de lo que soy capaz. No tienen idea de lo que soy capaz. Mandaré al limbo administrativo a quien ose llamarre Mono. No tolero que me llamen Mono. Cuántas veces debo repetir que no tolero que me llamen Mono, exclamé súbitamente frente a mis lacayos, alejando así el fluir de la embroncada verba. Es una falta de respeto, proseguí, paneando la extensión de la puntiaguda nariz del ministro de Educación. No me gusta que me llamen Mono. Soy-el-Gobernador. Y no voy a tolerar que los cínicos se cuelguen de mi saco y de mis votos. Porque también a mí me votaron. Soy una persona decente, soy el Gobernador. Estuve destinado desde siempre, y cuando digo desde siempre quiero decir desde que nací, a estar sentado en la punta de la mesa al mando de todas las cosas, tangibles e intangibles, de la Administración Pública Provincial y de todas las otras también. Soy político, no soy contador. Puedo leer la realidad real verdadera con los soberanos ojos de la estricta Historia Oficial. Soy el Gobernador que dejó plantado a Su Majestad en el Acto Libertario de la Patria de Mayo. Soy el Gobernador que echó a las patadas al megalómano exministro de Educación por haberme contradicho públicamente. Soy el Gobernador que viajó de vacaciones a Panamá y a Cuba por la simple razón de poder hacerlo por ser el Gobernador, el Gobernador que impuso un estilo de gestión enfocado en la restauración conservadora del orden público y la vida social. Soy el Gobernador que siendo miembro de la estructura del Partido Oficial disolvió las fundaciones solidarias, un reducto donde los fondos dinerarios eran destinados para familias

carenciadas de bajos recursos que realmente lo necesitaban; pero lo hacían sin mi previa autorización y esa es razón suficiente para disolverla. Y la disolví. Todo debe tener mi autorización. Todas las cosas. Soy el Gobernador que durante los levantamientos armados de la Policía que sembraron terror y propulsaron zonas liberadas para delinquir y asesinar y que incluso promovió la liberación de delincuentes de las cárceles que los oficiales de la ley ponían a los servicios de sus reclamos salariales para engendrar pánico y derramar sangre en las calles, mandó al ministro de Seguridad y Justicia para negociar con los uniformados sediciosos e impedir así la propagación de la Anarquía y el Caos mientras yo, durante las setenta y dos horas en las que se extendió el conflicto armado, me resguardé en mi búnker secreto fuertemente custodiado por agentes del Corpus Especial de Operaciones y escuadrones de la Policía Motorizada Penitente, pues, sencillamente, el Señor Gobernador, al mando de todas las cosas, debe ponerse a salvo pues, sencillamente dije, la gente necesita un político como yo, que dé las órdenes. Alguien debe dar las órdenes y yo nací para hacerlo. Sé dar las órdenes. Sé cómo hay que hacer para dar las órdenes. Soy el que echó a todos los ministros que antecedieron a mi gestión y coloqué en cargos de primera línea funcionarios de mi confianza serviles a mis negocios propagandísticos. Soy el Señor Gobernador que sentenció que con dos pesos pueden, efectivamente, generarse hechos culturales multitudinarios, tal y como lo demostró la anaranjada alcaldesa de Resistencity, Edith *Flecos* Stafuza. La cultura no necesita más que eso, con dos pesos está bien. Soy el Señor Gobernador de todos los tropicanos, oh sí, el que no permitió las extorsiones virulentas de los movimientos sociales y de las agrupaciones piqueteras seriales y de los sindicatos corruptos y los mandé de vuelta a negrear a las ladronezas que tienen por asentamientos, lo hice a fuerza de palo y garrote, que es la manera sensata y civilizada de poner orden y reencauzar a los holgazanes en la senda del trabajo digno y ejemplificante. Soy el Señor Gobernador que denunció los pactos espurios del Señor Go-

bernador que me antecedió, porque ahora me chicanean pero a nosotros, a los de mi generación, nos ponían a disposición del área militar y nos exigían que nos fuéramos del tropicalismo. Pero yo no me fui ni mierda del partido ni del tropicalismo. Porque a mí nadie me da órdenes, las órdenes las doy yo. Soy un ciudadano tropicante puro. Porque soy el Señor Gobernador y (alguien tiene que decirlo y qué mejor que lo diga yo) nací para mandar. Nací para ser el Señor Gobernador. Nací para dar las órdenes. No sirvo para otra cosa que no sea para mandar y dar indicaciones. Puedo hacerlo todo, o sea, dar las órdenes, apoltronado mi culo, delante mi escritorio, me alimento con bananas, sí, solamente bananas, es de no creer. Voy a tener que salir yo mismo públicamente por mis propios medios a difundirlo entre los medios que tenemos *cometeados*; voy a salir a decir, yo voy a decirlo, para que quede bien claro, que si lo tengo que hacer lo voy a hacer, voy a vender el avión oficial de la provincia aunque después no lo vendamos, qué importa, la gente se olvida, la gente se olvida rápido, acá no pasó nada. Después, incluso, puedo rajármela en el avión oficial a Panamá y a Cuba, tal como efectivamente lo hice, de juerga, so pretexto de vender productos de nuestros comerciantes. No tengo reparos en mandar hacer lo que haya que hacer. Por eso mismo mandé aumentar el sueldo de mi prole y de mis lacayos más leales, porque si no lo hago yo lo harán otros con los suyos y habrá pasado el tren para sacar tajada para mí y para los míos pero principalmente para mí. Soy consciente de que volverá el Gobernador real verdadero y la fiesta habrá terminado. Al menos la mía. Razón por la cual no dudaré en tomar decisiones de peso y de coyuntura, como privatizar las salas de juego de azar o adelantar las elecciones generales para beneficiar a la oposición a cambio de algún trueque que me beneficie de manera directa, privada particular, y garantice mi jubilación de privilegio. Un negocio redondo para los ceos de los casinos y naturalmente un negocio redondo para mí, que tendré una jubilación sin mayores sobresaltos que regar en shorts, medias y chanclas las plantas de la vereda de mi casa, mientras hacia el interior del Partido Oficial se despedazan

con sus estúpidas candidaturas, puaj, si sabré de eso yo, la típica repartija anticipada de cargos públicos. El año electoral en curso obliga a la oposición encarnada en la alcaldesa Flecos Stafuza, del Partido Anaranjado, a someterse a la mediocridad con la que habitualmente están acostumbrados a vivir, les mancomuna el odio estandarizado a los negros y la desideologización política, a la que yo naturalmente adhiero. Entonces yo tengo que pensar igual que ellos, tengo que vestirme como ellos, tengo que hablar igual que ellos, tengo que domesticar a los salvajes, tengo que putear como ellos y tengo que actuar como actuarían ellos, metiendo garrotazos si es necesario, porque la violencia, verbal y explícita, es el camino a la educación y el respeto por las instituciones que nos gobiernan. Naturalmente que no puedo decir esto en voz alta, pero puedo pensar lo mientras estoy haciendo otra cosa; mientras miro a la cara a mis ministros y a todos quienes en mayor o menor medida, directa o indirectamente, me ayudaron y colaboraron a hacer de esta gestión una conducta de vida. La sociedad también nos pedía limitar el excesivo desorden que impedía diariamente a los trabajadores del sector privado y el sector público moverse con libertad. Sólo mi enorme amor por el pueblo tropicante hace que, aun con el Gobernador real verdadero en uso de licencia, el pueblo no haya notado cambios sustanciales en la medida de todas las cosas. Antes de mí todo estaba mal hecho. Todo se hizo mal. Y yo me encargué muy especialmente de enrostrarles a mis ministros y a todos los demás; decirles, y que a su vez se lo transmitieran a las personas que estuvieran bajo sus mandos y que éstas a su vez vayan y les digan a todos los demás, que les digan que nosotros, les dije subrayando el nosotros, que en definitiva soy yo, que estoy hablando yo, que yo lo digo, y que cuando lo digo yo lo hago por todos a las vez y por todos al mismo tiempo: no vamos a tolerar que se hayan hecho mal las cosas durante tantos años, aunque sean gente de nuestro propio partido; y que quede bien en claro que somos respetuosos, y que si ellos no están de acuerdo con lo que estamos haciendo, cualesquiera sean esos ellos, vamos a hacer lo que mejor sabemos hacer, que es (más que meter garrote):

meter garrote. Y así lo hicimos, y así lo seguiremos haciendo. Debemos estar orgullosos Yo mismo encabecé esta cruzada por las instituciones y la gente de bien, pese a quienes tienen la intención de posicionarse con alguna precandidatura y subestiman mi legitimidad de origen y el ejercicio de las facultades que todavía empodero como Señor Gobernador. Quiero recordarles: la Constitución y el pueblo saben que soy el Señor Gobernador porque fui elegido por la voluntad popular. Cuando muchos funcionarios que están hoy acompañando al Señor Gobernador real verdadero no participaban, ni siquiera del escrutinio final, yo fui el armador de la estrategia electoral que nos llevó a la victoria. Es decir que gracias a mí hoy todos están donde están y ocupan los lugares que ocupan. Así que hay que tener respeto por la gente. Soy el gobernador porque lo dice la Constitución. Cuando la gente elige una boleta, hay que respetar la voluntad electoral. Un año electoral debe ser para hacer lo que ustedes hacen, vivir con emoción una gestión que yo todavía encabezo al mando de todas las cosas, tangibles e intangibles, humanas y no-humanas, de la Administración Pública Total. Nosotros no somos mediáticos ni salimos a decir cosas que jamás realizamos, como lo hacía el Gobernador real verdadero. Este gobierno es serio. Nos podemos sacar una foto, pero si después fracasa la negociación, qué le digo yo a la gente. Yo no estoy candidateando a nadie, no hago *estructura*. La Constitución, desde que se fue el Gobernador real verdadero, indica que yo tengo que quedar a cargo con todas las facultades que corresponden al cargo de Señor Gobernador y eso es lo que estoy haciendo. Yo doy las órdenes. Digo esto a todos los ciudadanos tropicantes porque estamos en un año electoral y los intereses mezquinos de quienes quieren llegar a algunos cargos, hacen que desafíen y pretendan condicionar a las autoridades que legítimamente están gobernando. Eso no lo voy a permitir, porque mi deber es gobernar para la gente. Les dije eso, gobernar para la gente. Algunas cosas se las dije pensando y otras cosas se las dije gritando, que es mi manera habitual de comunicarme con el normal común de la gente. Mis ministros y todos los demás lo tienen perfectamente

en claro. Es un tema institucional, dije. Eso les dije, tema institucional. Y mientras lo decía, con la palma abierta de la mano, golpeaba la mesa, mientras mis ministros y todos los demás estallaban en aplausos, destacando así un equipo de gestión en el que los ministros trabajan y yo cumple con mi deber de conducir los destinos políticos del Subtrópico Profundo. Ni bien terminé de decir esto, se propagó un bullicio escandaloso por todo el Salón de los Acuerdos y mis ministros y todos los demás habían comenzado a hablar todos a la vez, se hablaban unos a otros, mirándome se hablaban al mismo tiempo que yo me decía a mí mismo que ya no importaba de todos modos, lo hecho está hecho. Por eso yo mismo decreté que los sábados y los domingos no hay que trabajar, por muy funcionarios públicos que seamos, necesitamos descansar, dormir la siesta, regar las plantas. Jamás convocaría a una reunión de gabinete un domingo por la mañana, cuando deberíamos estar haciendo el asado. Sólo alguien que no sabe hacer asados puede convocar a una reunión de gabinete un domingo a la mañana. La gobernabilidad y los desafíos de trabajar para la sociedad desde la ética y la solidaridad, serán siempre el mayor desafío de mi vida de Señor Gobernador y desde luego que de mi vida particular privada también; pero no a costa de sacrificar los sábados y los domingos (ni los planes de negocios). Más allá de las operaciones de prensa montadas desde *La Voz de la Verdad*, que a toda costa buscan doblegar mis fuerzas, jamás resigaré un fin de semana, tan caro para la familia y el sosiego. Ahora dicen que mi aparición en público sin la banda de Señor Gobernador que supe lucir en las fechas patrias se hace esperar debido a mi determinación de mantener el bajo perfil mientras articulo una estrategia con mis abogados para frenar, o al menos para paliar, el impacto que produciría la causa judicial por enriquecimiento ilícito que se tramita en mi contra. Hablan los opinólogos de la denuncia en mi contra, que esto y aquello y aquello otro. Durante catorce meses hice y deshice a mi antojo, y ahora (dicen) empiezo a sentir la soledad política a través de las señales bastante más profundas que la cortesía de mi equipo de cebadores de mate calificados. Ya me

empiezan a desalojar de mi despacho de Señor Gobernador. Las llamadas que recibo se circunscriben a negocios particulares, que, dicho sea de paso, también dejaron de rendir como antes. Es la nostalgia de haber sido y el precio de ya no ser, que se entremezclan en mis pensamientos cotidianos en un marco de sepulcral silencio. Eso dice de mí *La Voz de la Verdad*, ¡hijos de una gran puta! Fue mi manera de demostrar disciplina orgánica frente a un arco partidario que ya no me tenía en cuenta para prácticamente ninguna alternativa electoral. Hoy mi presente político es similar a una momia viviente, recluido en los fondos de la Casa de Gobierno a la espera de la clemencia del Gobernador real verdadero a la hora de pilotear las acciones judiciales que podrían enfrentar que mi última gota de poder se haya licuado. Dicen: que desde el punto de vista claustrofóbico que actualmente ocupo, mi decisión de mantener el proceso privatizador que en buena hora puse en marcha es suficiente para abrigar la esperanza de una jubilación sosegada, aunque sin posibilidades de reinserción en los primeros planos de la política provincial como consecuencia de mi foja de servicios plagada de conflictos internos. Que soy un personaje desmovilizador, un *pian tavotos*, y para algunos hasta un doble agente que utilizó el poder para provecho propio a sabiendas de que se hundía mi partido en la peor crisis de su historia. Estas barbaridades dice de mí el diario de la familia Ferro, y todo porque decreté que no iba a pagar más pauta publicitaria estatal a ningún medio de comunicación, salvo a aquellos que me lamieran el culo democráticamente. Muchos quedaron sin trabajo, no sé exactamente la cantidad y como también sabrán me importa muy poco pero, ciertamente, muchos periodistas y trabajadores de prensa quedaron en la calle. Pero eso no es problema mío, es problema de los empresarios. Si quieren pauta, tienen que lamerme el culo. Los empresarios y los periodistas por igual. Pero si los periodistas resuelven que no lo harán, que no lamerán mi culo, entonces la responsabilidad es de los empresarios y hay que cortar la pauta. Y si los periodistas critican, hay que domesticarlos. Cortándoles la pauta y dejándolos en la calle. Porque al final la culpa es del empresario, que sólo

quiere la torta y la cometa. Y acá sabemos, todos sabemos, porque somos pocos y nos conocemos mucho, que la información es la prostituta de los políticos. De los políticos que podemos pagarla, claro. Yo puedo pagarla, pero voy a pagar a quienes laman sistemáticamente mi culo; y a quienes lo hagan con dedicación y entusiasmo. Todos sabemos que los periodistas, por otro lado, son unos vagos. Razón por la cual hay que tenerlos cagando, con sueldos magros e insuficientes, cosa de que les cueste llegar a fin de mes, cosa de que les duela, que sufran, que padecan, que sepan, todas las generaciones de periodistas por venir, que el agua no se masca. Ni bien terminé el concienzudo análisis de estadista sobre la prensa lugarezna, ya no recuerdo si en voz alta o en mis pensamientos, me levanté de la mesa precipitadamente, en medio del barullo generalizado de mis ministros y de todos los demás, que continuaban ardiendo en aplausos y vótores hacia mi investidura de Señor Gobernador, y emití un grito pesadillesco, más parecido a un aullido graznado y agudo, profundo y largo. Lo hice golpeándome el pecho, metiéndome la derecha mano entre los botones de mi camisa me arranqué puñados de ensangrentados pelos y los insté, saltando yo mismo arriba de la mesa del Salón de los Truculentos, desplazándome por toda su extensión de laqueado roble mientras mis ministros y todos los demás me observaban, vaya a saber uno si por pudor, miedo a las estadísticas o la corrección política. Como si no se animaran a ser quienes realmente son. Como si no pudieran expresarlo públicamente. Hay que hablar, hay que decir las cosas, hay que manifestarlas de manera tal que puedan entenderse fácilmente para el normal común de la gente. Un garrote es un símbolo que puede comprenderse de manera simple y didáctica a la vista generalizada. No decir *garrote*, claro, de manera tal y como uno lo piensa, ya que eso puede ocasionar inconvenientes inesperados; pero sí decirlo, expresarlo como si yo estuviera empuñando un garrote. No sé si me entienden, aunque tampoco tiene importancia si no. Lo trascendental del garrote es que uno nunca, una vez padecido por el lomo, ya jamás de

los jamases podrá olvidarlo. El acto de la violencia política institucional, oficial, estatal, como quieran llamarla, no es, como muchos creen, punitiva; es correctiva, selectiva y simbólica. La usamos para establecer quién manda, quién da las órdenes, quién las imparte, quién las administra, quién deberá aplicarlas. En las manadas del mono *patas* solamente hay un macho. Algunos machos llegan a organizar ejércitos para aprovechar la abundancia local en un período determinado. Esto me recuerda a mi primera esposa, quien una vez tuvo el descaro de serme infiel. No experimenté la traición desde el resentimiento, sino desde la misericordia. De hecho uno de mis hijos, estoy seguro, no es mío sino de aquel otro macho con quien mi hembra, vilmente, me madrugó. De todas maneras, yo, compade-ciéndome del monito y de una de las hembras de mi manada, lo adopté y lo cargué sobre mi peludo lomo y le di calor como a otro hijo más de los míos reales y verdaderos. Pero al mono macho pata de lana lo aporreé hasta dejarlo inconsciente. Lo aporreé con un garrote que me fabriqué yo mismo quebrando una enorme rama seca de las extremidades del Gran Árbol. Al garrote lo fabriqué después de hacerme una siesta hamacándose entre unas ramillas que tenía por cama. Mi vista descansaba la inmensidad de la selva multiplicándose agrestemente hasta curvarse en el horizonte. El Gran Árbol era realmente muy alto, podían verse las latitudes del vasto mundo en todas direcciones. Innumerables extensiones de ramificaciones rematadas por frondosas y densas capas de follajes de todos los colores, incluso el magenta de las tortas estadísticas del Power Point, que, obviamente, todavía no se había inventado. Su magnanimitad sólo era reproducible por las noches cuando, bajo la abovedada constelación de Orión, su multitudinaria copa iluminaba en delicadas fosforescencias arbóreas. Nosotros los monos habíamos nacido y vivido entre aquellas ramas desde tiempos inmemoriales. Nuestra vida allí era sencilla y despreocupada, todo nos lo proporcionaba el Gran Árbol, alimentos, prosperidad, seguridad, sosiego, cópula. Si nacías macho sabías que un día tendrías la posibilidad de ser el gran macho mandamás de la manada. Si nacías hembra sabías que un día

tendrías la posibilidad de ser la única hembra reproductora servida hasta morir por los mismos machos de una determinada manada específica. Las desviaciones sexuales ya eran socialmente permitidas en la mayoría de las manadas dominantes, siempre y cuando formaras parte de las tropas. Negarse a las tropas era considerado alta traición con pena de exilio, con lo que ello significaba. El exilio. Nadie, ningún mono, se alejaba más allá de las penumbras de la última rama antes del tronco. Nadie bajaba del Gran Árbol. No había razón para bajar. El Gran Árbol lo era todo. Su magnanimitad se elevaba desde la llanura profunda hacia lo alto del firmamento, su follaje resplandecía como una trama milenaria en medio de aquella geografía selvática tremenda y primitiva. Allí nacíamos, vivíamos y moríamos. Allí cagábamos también, desde las alturas infranqueables de sus infinitas hojas luminiscentes. Cagábamos en todo momento del día. La caca caía incluso de costado, era una lluvia de caca muy significativa y bella que caía como cascada seis, siete, ocho veces al día. Ni los calores más brutales podían atravesar la tupida copa del Gran Árbol. Y frío casi no teníamos, así que nos alimentábamos y copulábamos la mayor parte del día, y el resto del tiempo descansábamos. Dormíamos la siesta. Las frutas abundaban, sobre todo las bananas, las mandarinas, las naranjas, los pomelos, los mangos. Éramos manadas generosas, nos acicalábamos entre nosotros con asiduidad, comíamos las pulgas de los otros como si fueran nuestras propias pulgas. Nos bañábamos bajo la lluvia, bebíamos agua deslizándose por las hojas, cuando había abundante lluvia. El Gran Árbol proveía sin necesidad de arriesgarse más allá de la última rama antes del tronco. Vivíamos en forma plena de los beneficios de la zoocracia primigenia, en las entrañas de aquella selvática y rica copa arbórea, que, tan robusta era, ni siquiera llegábamos a divisar con exactitud qué tan alto estábamos del suelo. Nuestros ancestros, los primates machos primigenios, dictaron las primeras leyes y sentaron las bases fundacionales de la vida plena en zoocracia. ¡Qué tiempos aquellos, la vida en zoocracia! La geografía agreste y salvaje era nuestra única patria. Para el ciudadano común medio normal de la

gente actual sería difícil, sino imposible, formarse una idea del panorama tropical de nuestros antepasados y de las variantes sufridas por obra y gracia de factores geológicos, climáticos e históricos. El control del fuego, preconditione básica para la domesticación del resto de los animales y las plantas, aún ni siquiera asomaba. Montones de años faltaban para controlar el poder del fuego y el garrote. Montones. Nuestros homínidos ancestrales habitaban el Gran Árbol y convivían en dependencia total de su entorno. No necesitaban nada más. No existían los dioses ni el razonamiento, y a fuerza de garrotearnos hasta darnos muerte comprendíamos el valor de la vida plena y despreocupada y la celebrábamos públicamente, alimentándonos y reproduciéndonos a todas horas del día. Exactamente así como hacemos ahora en la actualidad real verdadera de todas las cosas que nos rodean como contorno natural donde habitamos sin necesidad de trabajar los fines de semana. Fue la primera decisión política que tomamos para determinar la continuidad de nuestra especie ante la mayor crisis alimentaria que vivíamos desde que casi al mismo tiempo empezamos a escuchar a otros hombres-mono, más allá, selva adentro. Eran sonidos guturales de desesperación, de agonía. No eran tiempos de prosperidad. Los jefes de todas las manadas se reunieron en lo más alto del Gran Árbol, cerca del atardecer, y tras varias horas de deliberación, decidieron finalmente desceder. Fueron los primeros primates superiores que comenzaron a bajar de los árboles, yo fui uno de ellos. La selva comenzó a reducirse, debíamos alimentarnos. Era lo único que importaba, comer. Sobrevivir. A los pocos días, comencé a usar los nudillos de mis manos para desplazarme, y poco a poco me erguí y pude usar las manos para hacer otras cosas. Recordé la vez que maté a palazos a aquel mono que osó copular a mi hembra sin mi previa autorización y me hice de un garrote duro y poderoso, un garrote que encontré a orillas de un imponente y sinuoso río. Más allá del río descubrimos que no estábamos completamente solos como nosotros habíamos pensado. Aunque siempre, íntimamente, lo supimos. Encontramos

otras criaturas, algunas, enormes y feroces, otras, pequeñas y simpáticas. Aunque también había bestias pequeñas y agresivas. Nosotros, para entonces, ya habíamos aprendido a dominar el uso del garrote. Empuñamos piedras. Para defendernos de las bestias que nos triplicaban en fuerza y tamaño las asaltábamos en emboscada, todos juntos, de vez en vez, unos lo apedreaban, otros lo garroteaban. Así hasta darle muerte. Aullábamos. Golpeábamos nuestros pechos. Y ahí mismo usábamos las piedras más filosas para desentrañar a nuestra presa y devorarla a dentelladas. Despedazábamos la carroña. Partíamos los huesos y comíamos hasta la médula. Así aprendimos a sacar a los animales pequeños de sus escondrijos. Pudimos abrir los frutos de cáscara dura. Pudimos comerlos.

HUMO DE MARIHUANA

Mirá esos tres giles! —gritó instintivamente el suboficial Santos Carmona, y pisó el freno. Lo hizo como si su bota estuviera aplastando el cráneo de su hijo adolescente o el de un criminal homosexual o el de un paraguayo. Así pensó Santos Carmona cuando pisó el freno del descascarado policial. Era un Corsa traqueteado el patrullero, que emitió un chirrido aparatoso, casi metálico, cuando clavó los neumáticos sobre el asfalto, dejando atrás una nubecita vaporosa de humo blanco hedionda de caucho quemado.

El cielo estaba todo oscuro, sin estrellas. Seguro era el día más caluroso del año en todo el país, cincuenta y pico en la escala Celsius según el Servicio Meteorológico Nacional.

—PEEERO... ¡¿QUÉ MIERDA PASA?! —dijo, bostezando y desperezándose, el oficial Pinchevsky, recién nomás expulsado de un recuerdo reciente que lo tenía de espalda contra el recodo de una calleja oscura y nauseabunda mientras la travesti Cindy se lo chupaba obligadamente con el cañón de la reglamentaria presionándole la sien.

Pinchevsky se incorporó tras el sacudón que pegó el patrullero al detenerse; casi se partió al medio la cabeza contra el parabrisas. Puteó rascándose el sobaco y embroncado por tener que volver lidiar otra vez con la realidad real, interpeló a Carmona con ojos extraviados y alzando la papada como un sapo desafiante—. ¡SO

loco vO o qué tené pa frenaa'sííí?!

Carmona venía conduciendo el patrullero mientras el cabo primero Fabián Pinchevsky supuestamente “dormitaba”.

En realidad estaban volviendo para la Comisaría Primera; habían estado patrullando la zona del barrio Central Norte por avenida 9 de Julio al mil cuatrocientos y pico, cuando el suboficial al volante advirtió la presencia de tres vagos, jipis más precisamente, ingiriendo bebida alcohólica y seguramente drogándose en la vía pública, especuló.

Así especuló Santos Carmona, como autómata. Lo tenía incorporado desde la Escuela de Suboficiales, cuando recién conoció a Pinchevsky; cuando Pinchevsky era algo más joven que ahora y todavía no empezaba a agarrarle el gusto por la guita y la cometa, se jugaba más por “la ideológica”, y le enseñó, Pinchevsky a Carmona —no sin cierto resentimiento al transmitir un conocimiento tan preciado para él que en realidad no tenía ningún valor más que el sobreprecio del orgullo empírico—, cómo venía la mano en la calle, cómo era la cosa: “A los negros y las putas hay que tenerles cagando, reventarlos bien a palos y después preguntar lo que haya que preguntar”.

El oficial Pinchevsky tenía una panza de cuarenta y siete centímetros de diámetro, le costaba movilizarse y no usaba el cinturón de seguridad. La sonora arrastrada de los neumáticos y el sacudón lo abofetearon en el momento más poseso de su reciente fechoría sexual, así que se despertó de muy mal genio. El aire acondicionado no funcionaba hace meses así que la baranda adentro del Corsa era truculenta. Cuando Carmona le contó que en el quiosquito del Colorado Mondongo había visto tres sospechosos drogándose, obviamente Pinchevsky se sulfuró y casi entró en fase atómica: “¡Negros de mierda! ¡Negros de mierda! ¡Negros de mierda!”, triplicó, masticando tirria.

Le poco más de un minuto y medio al gordo Pinchevsky despegar su culo fofo de la butaca del acompañante del Corsa, abrir la puerta y salir caminando muy lentamente, barrido a sus espaldas por la intermitencia estroboscópica rojo-azulada de la baliza policial.

“Asardinado voy en este auto de mierda, cada día estamos peor, todo se viene a pique”, protestó el experimentado oficial, subiéndose los pantalones, para después escupir, casi sincronizadamente, un Moby Dick verde y gelatinoso que estalló contra las baldosas surcadas de la vereda desparramándose como caca de paloma.

El suboficial Santos Carmona era alto y enjuto y hacía, sin chistar, todo lo que decía Pinchesvky. Ambos venían de una redada contra travestis en Barranqueras; aunque tenían aspecto de haber pasado el día morfando fritangas y panchos. Parecían muy amodorados, entumecidos por el calor. Caminaron algunos metros por una vereda iluminada tenuemente por un tubo fluorescente blanco alrededor del cual revoloteaban cucarachas gordas y negras y escarabajos cenicientos.

Era domingo de madrugada en la city. No soplaban ningún viento. La temperatura había descendido, de cincuenta y dos, a cincuenta y un grados Celsius. Un vaporoso manto de humedad parecía reflotar en las calles y repiquetear en las ramas de los árboles. Bajo la noche equidistante, trágicamente perdida en lo tropical.

Pinchesvky avanzó esquivando torpemente un grupo de mesas y sillas de plástico. Por unos parlantecitos carachentos, empotrados a la pared porosa y entelarañada del quiosquito, sonaba Fuegos de Octubre de Los Redonditos. Carmona se ubicó a la derecha de Pinchesvky, aunque un par de pasos detrás. El quiosquito del Colorado no era más que eso, unas cuantas sillas, otras tantas mesas, una ventanita enrejada por donde el Colorado vendía las cervezas y —por supuesto naturalmente— el rocanrol tronando cada maldita noche, las mismas putas canciones de Los Redonditos una y otra vez, para desgracia de los vecinos, en aquelantro ubicado justo a mitad de cuadra. Eso era todo. Ni caramelos vendían en el quiosquito del Colorado, solamente birra; y a veces, cuando estaba inspirado el Colorado, hacían empanadas fritas. Por eso se amontonaba allí la vagancia del Central Norte: para chupar cerveza fiada cuando no había guita para la joda perpetua.

No estaban haciendo nada los ñeris. Solamente estaban ahí: chupando y nada más que chupando. Eran tres los vagos, jipis, que estaban chupando cerveza en el quiosquito del Colorado. El Colorado propiamente dicho estaba atrás, en el habitáculo conjunto, del otro lado del aparador de mimbre, mirando en el televisorcito de catorce pulgadas la repetición del resumen de la quinceava fecha del Torneo Apertura «Néstor Carlos Kirchner». Cuando Pinchevsky pasó por al lado del enrejado sacó su tonfa y le pegó tres veces seguidas al rectángulo de fierro que enmarcaba la ventanita, al grito de “¡Colorado, la puta que te parió! ¡Cuántas veces voy a decirte que a esta hora no se vende más nada!”.

Santos Carmona media un metro noventa y tres centímetros de estatura y tenía manos grandes y oblongas parecidas a las del Mono Navarro Montoya. Era flaquito, eso sí; pero fibroso. Bruto como un ladrillo colorado, era —prácticamente sino absolutamente— incapaz de pensar por sí mismo y encima salivaba al hablar. Tenía labios leporinos. No obstante ello jeteó una sonrisa de perfil antes de sacar su tonfa y comenzar a asirla tontamente. Tenía bigotitos Santos Carmona, dos rayitas de carbón.

A los lados se escuchaba el temblequeo del motor de los aires acondicionados de la cuadra. Cada cinco o seis minutos cruzaban como rayos tandas de automóviles y camiones cisterna, que sacudían los vidrios de las ventanas. Sirenas estallando a los lejos. Bocinazos aislados. Tiros perdidos al aire. Algún que otro ñeri, ñera, pedaleando la calle encima de una bicicleta playera, probablemente robada. Un gato gris vagando por un muro. Un perro ladrando al gato gris.

Los vagos no eran ningunos boludos y ya habían advertido que la yuta les puso el ojo cuando oyeron la dramática frenada del Corsa traqueteado. Sin embargo resolvieron —tácitamente, cruzándose miradas cómplices entre ellos— permanecer allí, seguir charlando y riendo. Estaban sentados a la mesa, chupando una eterna cerveza Báltica. Hablaban al pedo sobre una minita, una tal Pitufina,

que andaba cogiendo con el dealer Luquitas Guerrasabo. A Guerrasabo sus dos compinches lo estaban cargando con Pitufina cuando de manera precipitada y repentina se vieron asaltados por la presencia del gordo Pinchevsky, quien al verlos ahí sentados holgazaneando, chupando cerveza a altas horas de la madrugada y con total y absoluta impunidad —seguramente— drogándose, resolvió hacer su entrada triunfal dándole de patadas a la mesa, la cual —obviamente— voló por los aires junto con la Báltica y los vasos y los paquetes de Marlboro.

— ¡¡¡juuuuuuera pendejos de mier-

daaa!!! —bramó Pinchevsky, descompasándose como un cerdo de trescientos kilos después de haber embestido violentamente contra los polluelos de la chacra.

Los vasos eran de plástico así que no se rompieron salvo por el fatídico hecho de que se desparramó un litro de cerveza helada que minutos antes había comprado Luquitas Guerrasabo y para colmo de males, por si esto fuera poco, que los asaltara la yuta, se mojaron todos los cigarrillos con cerveza y si bien la botella de cerveza no estalló en mil pedazos, rodó al caer a la vereda, emitiendo, al girar, ruiditos cristalinos y sinceros como un puñado de clavos arrojados sobre una superficie de vidrio. Todos finalmente quedaron hipnotizados durante algunos segundos; sentados y estáticos y atónitos estaban, los vagos, cuando empezaron a sacudir sus brazos zamarreándolos vigorosamente expresando con ello su ya rabia ante el impune y desvergonzado proceder de los yutas.

La mesa terminó patas arriba, bordeando el cordón de la avenida. La botella Báltica escupió las últimas gotas de cerveza, chorreando espuma blanca por el pico, tumbada a pocos centímetros de la mesa, ya muerta —si es que, poéticamente al menos, puede una botella de cerveza morir—. Los vasos también volcaron toda la cerveza y esa escena, de la cerveza helada y recién comprada y derramada y desperdiciada y la espuma blanca borboteando, a Luquitas

Guerrasabo le dio montones de ira y su garganta, enseguida, se infló de venas.

A todo esto apareció el Colorado Mondongo y su cara de pe-lotudo consumándose aún más desde aquella ventanita de fierro detrás de la cual su pecosa jeta de mortadela no alcanzaba más que a gesticular fastidio simulando que el incidente entre la poli y los vagos le producía hartazgo (como diciendo: “¡Otra vez NO la puta madre que me parió!”) cuando en realidad lo que soberanamente le rompía las pelotas al Colorado Mondongo era el hecho de que seguramente el oficial Pinchevsky lo obligaría a testificar en favor de éste y encima tendría que bancarse el trajinar hasta la Comisaría con todo lo que ello acarrearía en su futuro inmediato suyo muy personal; seguramente lo volverían a citar para declarar y lo tendrían de aquí para allá como “cabeza de gato”, pensó el propiamente dicho Colorado Mondongo.

Ni bien Pinchevsky lo vio al Colorado le deseó la muerte desde lo más profundo de su corazón cavernoso y, apuntándolo con la tonfa después de mirarlo como a una criatura incivilizada o de raza inferior, le ordenó: “¡Colorado del orto, apagá esa música de drogadictos!”. Colorado bajó el volumen del equipito de música usando el mouse de la computadora y después rezongó levantando los brazos en cruz y descolgando en ese mismo acto, desde los socabos hasta los codos, dos mantas fláccidas de piel sebosa, estriada y sudorosa, agitándose como mantos de mondongo humeantes recién sacados de la olla con agua hirviendo.

Pinchevsky comprimió su jeta cuando vio ese espectáculo desagradable, y se llevó el revés de la mano a la boca, arrugó la nariz y atómicamente encolerizado, en tres movimientos velocísimos, precisos e impensados —sobre todo teniendo en cuenta la edad y el estado físico de Pinchevsky—: su tonfa salió eyectada de su mano derecha como un arpón para cazar tiburones y como si no estuviera previsto o las probabilidades no fueran probables, atravesó (a pesar de su tamaño y forma triangulada) la ventanita rectangular de fierro del quiosquito, sin desviar su rectilíneo trayecto hasta finalmente

reventar el tabique de la nariz del Colorado Mondongo. Fue un cric seco y distante, muy, muy doloroso, después del cual cayó al suelo la tonfa y su nariz se convirtió en una fábrica de chocolate.

— ¡Uuuhhh, qué vigilante! —dijo Luquitas, mientras Colorado aplastaba sus rodillas contra el piso. Cubriéndose con ambas manos los ríos de chocolate que emanaban de sus fosas nasales, gritó ayes dramáticos. Sus ojos vidriosos podían verse detrás del enrejado de fierro que cubría la fachada del quiosquito.

— ¿Quién dijo eso? —interpuso Pinchevsky, y, dándose vuelta y frunciendo el ceño y mordiéndose los labios con fruición, achinó sus ojos verdes y saltones.

— ¡Piro si no estásbamo haciendo naá! —metió la cuchara, con tonito de protesta, uno de los ñeris que acompañaban a Luquitas Guerrasabo.

El cabo Pinchevsky sacó su arma reglamentaria 9 milímetros, dio dos pasos, e introdujo violentamente el cañón del chumbo adentro de la boca del ñeri, quebrándole los incisivos centrales y laterales y los caninos y desgarrándole también los labios. Una catarata de chocolate descendió por el cuello del ñeri, rodeado por aros de mugre. Pinchevsky no le dio tiempo ni de gritar al pendejo y lo neutralizó con un rodillazo en los huevos. El ñeri quedó colgando del puño de Pinchevsky, que lo tenía manoteado por un mechón de pelo de la nuca.

El otro ñeri, que también escoltaba a Luquitas Guerrasabo, amagó con arrojarse encima de Pinchevsky pero Carmona le pegó un manotazo que lo dejó nocaut. Luquitas hizo rechinar sus dientes, y de refilón —pura casualidad— lo vio al Colorado Mondongo, nadando en un río de chocolate adentro del quiosquito. Carmona lo miró a Luquitas y después lo miró a Pinchevsky, elaborando una sonrisita jadeante y socarrona. Pinchevsky le devolvió la gentileza y también se sonrió. Cuando una bala horadó su jeta, la cavidad orbital derecha quedó destrozada. Pinchevsky se desmoronó. El gatillazo se escuchó a cientos de metros a la redonda.

— ¡Cindy! ¡Hija de puta! —gritó Santos Carmona, procurando infructuosamente desenfundar su arma reglamentaria; pero sus manos eran demasiado grandes y torpes. Otra detonación hizo estallar su mandíbula y su metro noventa y tres centímetros de estatura derrumbaron como un pastel de chocolate de tres pisos.

Cindy llevaba peluca revuelta y rubia y ropa sexy y ajustada. El delineador y el rímel se empastaron alrededor de sus ojos y en las mejillas, lloraba baldes por la bronca harta que le tenía a Pinchevsky. Estaba commocionada, sus manos temblaban. Parecía cansada, abatida. Luquitas notó que le faltaba un zapato. Cindy se desplomó en el piso, tenía la jeta inflamada, trompeada, cuando estalló en llanto. Luquitas metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó de dentro un cigarrillo corrugado de marihuana, dio dos pasos para acercársele y se lo pasó con su mano:

— Este faso te va hacer bien, vuelta la cabeza.

DONDE DUERMEN LOS GORILAS

La noche del martes 27 de junio del año 2375 quedó registrada en la memoria de la gran mayoría de los habitantes de Ciudad Tropical como un día trágico y sangriento. “¿Dónde duerme un gorila?” se preguntó en voz alta el legendario escultor octogenario Godofredo Epifanio frente a una jauría de androides periodistas correspondientes de los conglomerados mediáticos continentales y desde luego nacionales y locales. Se preguntaron, lo mismo al mismo tiempo, todos: qué pasó. Cientos de ciudadanos tropicantes fueron masacrados brutalmente. Hubo un sobreviviente, sin embargo. El único sobreviviente de la llamada “Masacre de las Esculturas” —más tarde también famosísima como *La noche de las esculturas vivientes*— estaba ahí, desvariado, divagando con gorilas. Los crímenes se produjeron en distintos puntos de la ciudad, aunque la mayoría de los occisos fueron hallados decapitados o cercenados o eviscerados. Un río de sangre brotó por las escalinatas del Museum Magnum Urumdum.

Los días posteriores fueron desaguisados, y entre la tropicana biempensante corrió, mediante aparatos de bio-reproductibilidad sociable y aplicaciones informativas holográficas micro-segmentadas de impacto policíaco, la versión fantástica de que “las esculturas cobraron vida propia”. Los especialistas de los noticiados preguntaron a los científicos cómo había sido posible que ocurriera tal cosa, que la razón estaba de luto.

Las encuestas fueron contundentes. Un sesenta y cuatro coma ocho por ciento de la tropicancia pensaba que la masacre había

sido producto de un castigo divino por tanta herejía y desviación que había en el mundo contemporáneo, mientras que un veintiséis coma dos por ciento lo consideró un atentado terrorista de reptilianos anarquistas de la Galaxia Andrómeda. El sesenta y tres por ciento restante culpó a los rusos y a los chinos, y el dos coma siete por ciento responsabilizó a la legalización de la zoofilia.

La confusión generalizada provocó trapisondas en la vía pública y saqueos en supermercados y comercios. Hubo bloqueos de calles y revueltas. Como un cascote lanzado contra la cavidad orbital de un poli penitente, la sangre salpicó la purga y la anarquía trepó con la inflación y la fuga de divisas. La policía se acuarteló. Los ministros enviaron a sus dobles holográficos a los focos de conflictos para negociar una salida pacífica. Cuando aparecieron extremistas religiosos parapoliciales de la Iglesia del Fin del Mundo, las zalgardas descontrolaron y el clímax político densificó el estado de excepción.

Manadas avinagradas de ñeris multicolores se movían como iguanas nerviosas en la incandescente siesta de la city. En la Plaza Central del Cambio Perpetuo, sobre el mediodía amarilloso, bajo el cielo encendido y entre rechonchos y tajeados palos borrachos y linternas de copulación, solían apedrear a los detractores de Godofredo Epifanio. Los recolectores del Ministerio de Sanidad Social hacían la vista gorda y sólo intervenían una vez consumada la paliza. Contando sesenta y siete millenials, ocho jubiladas, setenta y siete mujeres, cuatro hombres y quince pansexuales sintéticos, hicieron un total de ciento setenta y un tropicantes asesinados. Las purgas provocaron tal descalabro que el régimen de Gran Mono, presionado por el enviado provincial del Virrey, decretó estado panóptico de excepción y prohibió las cúpulas y desconectó las Redes Sociales de Subtrópico Profundo.

El linchamiento más dramático fue el de un transdroide. La patota parapolicial penitente odiaba a los sintéticos transformistas y solían salir a cazarlos avalados por el Ministerio de Culto. Atraparon

a uno. Fue una razia nocturna en inmediaciones del Centro de Convenciones Domingo Cavallo. Lo empalaron vivo en las escalinatas de la Iglesia Catedral. Después lo desconectaron usando una tenaza oxidada, ¡ni siquiera lo reinicializaron! Transmitieron en directo a través de plataformas noticiadas en redes sociales clandestinas el “escarmiento aleccionador frente a la desobediencia sintética programada” aseguró el vocero de prensa del régimen de Gran Mono.

La imagen elegida para promocionar el correctivo: la cabeza henchida, desollada, del transdroide; en primerísimo primer plano, un guiso de cables oleaginosos y lucecitas de neón y circuitos triturados chorreando la típica sangre magenta de los sintéticos genéricos.

Destrozaron su cráneo metálico usando ejemplares *extra-large* de la Biblia. Un libraco de cinco quilos y tres cuartos de gramos, cuatro mil quinientas setenta y seis páginas ahuesadas de la Palabra de Dios, tapas duras de algarrobo enchapadas en plata esmerilada, y un anguloso y filoso lomo de diez centímetros, puede ser un arma mortal si es utilizada como un martillo.

La espiral de violencia ponía en peligro el monífero orden imperante y ante la insistente presión mediática de los principales conglomerados mediáticos del mundo pero sobre todo del influyente diario holográfico local *La Voz de la Verdad*, la zoocracia de Gran Mono reaccionó igual que un yaguareté acorralado y lanzó rasguños para todos lados. Establecieron toque de queda, cerraron las escuelas, los edificios públicos y se disolvió la actividad privada comercial y cualquier otra clase de actividad.

A través de un memorándum interno, Gran Mono otorgó a empleados públicos y privados licencia sin goce de haberes por tiempo indefinido. El prosecretario de Coyuntura Interna y el ministro de Ciencia y Tecnología coincidieron en señalar que la resolución se extendería “hasta nuevo aviso”, pero que no había razones para decir que un fenómeno anómalo podría transgredir nuestras leyes naturales. “Todo puede ser explicado científicamente” enfatizaron.

Si bien la medida causó revuelo y descontento en las corrientes sindicalistas del oficialismo y la oposición, contribuyó —eso sí— a despejar el normal discurrir de la urbanidad de la chismorrería populosa que a diario generaba el pobreño hambriento con sus neurosis de reclamos básicos y los bullicios de sus críos y sus trastos y sus carretas y caballos garroteados, infringiendo la Ley de Visibilidad Ética y Estética de la city. Para las autoridades, “el lado positivo de la masacre —así lo explicaron en tortuosas y repetitivas conferencias de prensa— fue habernos ahorrado durante dos semanas la problemática de sostener la mirada erguida frente a los marginales ñeris”.

Dos semanas duró la paranoia colectiva. La justicia se mostró turbada e incompetente. El plenipotenciario letrado Roland Bermúdez, mariscal de la Suprema Corte de Justicia y emisario de las Corporaciones Unidas del Sur, casi muere atragantado con una empanada salteña mientras puteaba contra los operativos de peritaje forense, que seguían sin dar resultados alentadores ni arrojar pistas. La realidad, saturada y sobredimensionada, producida por los mecanismos de ficción micro-segmentados de los bots del Virrey, era infalible.

En horas de confusión, corrieron dos versiones. No faltaron operadores de prensa y de servicios y diputados que culparon a Godofredo Epifanio de un complot armado para desestabilizar la imagen pública de Gran Mono, adosado a la figura política del Virrey en territorio bárbaro, y a quien siempre se lo veía centelleante en las fotografías que se tomaban juntos y que capturaba su equipo de prensa para flashear en redes que las cosas iban por buen camino. El mítico escultor también fue señalado por mantener vínculos sanguíneos con armeros del Partido Amarillo, quienes “habrían financiado un supuesto ataque terrorista en territorio federal neutro aunque bajo control del unicato porteño”, escribió un periodista de *La Voz de La Verdad*.

Después de la disolución de la ex República Argentina y la reconfiguración geopolítica del territorio nacional, cien años atrás,

se crearon la República Federal del Sur y la República Federal del Norte y su anexo la ex República Teocrática del Paraguay, naturalmente asociadas a las Corporaciones Unidas del Sur. La primera, bajo el dominio del gobierno revolucionario ancestral mapuche, y la segunda bajo estricta órbita y sometimiento de la Orden Mitrista Autocrático del Puerto de Buenos Aires, ex Ciudad Autónoma de Buenos Aires, que utilizaba los vastos y ricos campos de tierra fértil del salvaje Norte argento para saquear y exportar las riquezas que el suelo y la naturaleza proveían al puñado de familias latifundistas plutocráticas, y así poder financiar la manutención de la vida holgazana consistente básicamente en aburridos campeonatos de polo y arrojamientos de manteca al techo.

Los trescientos mil kilómetros cuadrados que conformaban la ex Provincia de Buenos Aires habían dejado de existir. A la vista, desde perspectiva aérea en contrapicada: un cementerio de cadáveres no identificados y de desaparecidos, macilentos y refrditados. El campo de batalla donde masacraron a tres millones de argentos durante las guerras civiles que provocó la emigración masiva de millones de porteñeros que se afincaron en territorios aledaños para comercializar órganos y extremidades de animales y humanos.

Con los años, devino en la conformación de baldíos enripiados y chozas ñatas y mataderos, como en el principio de los tiempos. Vientos entumecidos por los hedores putrefactos golpeaban la costa del Río de la Plata frente al ex Aeroparque Newbery, por causa de los torrentes humosos de mierda química, arrojados por las corporaciones farmacológicas de drogas alucinógenas producidas por el Virrey para manipular el control mental de los porteñeros y de los pelotudos en general, que le creían fuera del territorio bonaerense.

Mercados de menudeo deseante e intercambio de bienes y servicios materiales e inmateriales vinculados a raleas y chanchullos y perversiones y morbosidades y extrañezas multiplicadas por Corrientes y Callao, por Plaza de Mayo y los dos Congresos. La puta Buenos Aires convertida en un gran tacho de basura, una ladronera roñosa amortiguada por malones cagados de hambre y analfabetos

y criaturas asexuadas y haraganes leguleyos y enfermos terminales y jipis de todas las nacionalidades y loquitos de todas las edades.

Adentradas, aparecían como cabezas de peronistas garroteados panorámicas superpuestas de villas oblicuas y perpendiculares, que subían y bajaban caóticamente, atenazándose unas con otras, otras interponiéndose, unas encimas de otras, como si afloraran en el aire en medio de largos telones de nylon negro, chapas onduladas y oxidadas y agujereados trozos rectangulares de cartones meciéndose entre redes de tendales desde las cuales colgaban harapos percutidos y aceitosos.

Aquel contexto extremo y viciado de gatopardismos nacionalistas no era ajeno a la mirada severa de Godofredo Epifanio, sacramentada figura pública de temeraria influencia, rígido circunspecto del patrimonio escultórico de la city y gerifalte del discurrir oficialista, quien según las conveniencias y las connivencias de turno operaba en favor de unos u otros aunque siempre se reafirmaba dialogista y social demócrata. Si bien su avanzada edad no le permitía asistir como en otras épocas a eventos artísticos, todavía dejaba que los jóvenes artistas le enviaran fotografías de sus obras escultóricas, las cuales catalogaba con un tildado y una equis, respectivamente: “ESTO SÍ, ES CULTURA”, “ESTO NO, NO ES CULTURA”. Siempre que descargaba una definición a ese respecto, lo hacía atenazando sus cejas y acariciándose la barbilla, secundado por una recua de súbditos del Museum Magnum Urumdum que bisbisearan mientras él evaluaba las fotografías.

Su jeta mustia y su tez achocolatada acentuadas por una mirada rencorosa y crispada, arqueada por cejas cenicientas y rollizas, exageraban un aura paternal de dudosa intelectualidad y empalagoso culturicismo mesiánico, que los periodistas locales se encargaban de enseñorear con titulares bondadosos únicamente para animar su fervorosa solemnidad elitista.

La Voz de la Verdad solía publicar extensos editoriales en favor de la “gran labor cultural” de la Fundación Magnum Urum-dum, que regenteaba la administración del Museum Magnum así como la totalidad de las obras escultóricas de la city, que antes de la Masacre ascendían a un total de seis mil setecientas ochenta y siete esculturas: tres mil doscientos treinta y siete piezas talladas en materiales tradicionales (madera, metal, cascotes, etcétera), dos mil ciento cincuenta y cinco criptas holográficas (clones, tridimensionales, analógicos, etcétera) y mil trescientos noventa y cinco artefactos híbridos, es decir, de materiales tradiciones y partes humanas (por lo general extremidades y órganos como hígados, estómagos, pulmones, entrañas y especialmente cabezas), de las cuales un cincuenta y seis por ciento eran gravitatorias.

Por el emplazamiento de nuevas esculturas —que históricamente alentó el chovinismo turístico de Ciudad de las Esculturas— y la reparación y el mantenimiento del total del parque escultórico de la city, la Fundación Magnum Urumdum facturaba sumas millonarias. De los numerosos gobiernos de Gran Mono, porque los gobiernos de Mono fueron numerosos, recibió generosos subsidios dollarizados, mecenazgos de dudosa procedencia, aportes extraordinarios especiales, cometas, fuga de divisas y prostitución vip, tal era el colorinche trasfondo del tejemaneje enhebrado por el legendario Godofredo Epifanio, quien ya había solicitado al antepenúltimo Government Monkey la aprobación de la Ley Magnum, que legalizó el uso de partes humanas en las obras escultóricas que adornaban las calles terrestres y aéreas de Ciudad Tropical. El último año, más de mil trescientos cadáveres habían sido decapitados y eviscerados con fines estéticos y después de ser embalsamados o despellejados o rebajados usando diversas técnicas de aplicación bio-neuronal los usaban como piezas tridimensionales que causaban gran impacto visual a sus públicos interpeladores. Obviamente había gente que no estaba de acuerdo pero la gran mayoría tropicana abrigó con ilusión y esperanza la posibilidad de que sus difuntos pudieran formar parte del patrimonio cultural.

En incontables reportajes Godofredo Epifanio tuvo que salir a dar explicaciones, pues si no se cruzaba, una niña o un niño camino al jardín con sus padres o tutores con, por ejemplo, una escultura de bronce empotrada a un brazo o un muslo o un trasto de vísperas que, por muy embalsamadas o estilizadas que estuvieren, producían espanto y repulsión de verlos empotrados o colgando de retorcidas instalaciones o montajes bio-mecanizados, que obviamente espantaban a niños y adultos por igual. Godofredo sonreía gravemente cuando le decían que no podía ser llamada *obra de arte* una escultura que tuviera partes humanas.

—Tengan paciencia. Ya van a entender —repetía Godofredo, polémicamente, a quienes lo cuestionaban—. Ningún verbo en potencial es excesivo.

Cuando Godofredo Epifanio decidió cortar la circulación vehicular de la avenida de Los Inmigrantes, frente al ex Black River, para reclamar el pago atrasado de un subsidio millonario que algunos de los gobiernos de turno de Mono le adeudaba, los medios de comunicación editorializaron la cuestión y se mostraron zozobrados ante la “situación de permeabilidad de la cultura”. Lanzaron largos parlamentos replicados programáticamente en favor de “todo lo que hizo” Godofredo, a quien calificaron de “mito cultural viviente”, y esencialmente hicieron lo que saben hacer: hundir el dedo en el tajo, y cómo puede ser posible esto, esto otro, lo otro y aquello otro, repetían unos y otros, indignados.

La suma millonaria que reclamaba Godofredo Epifanio impactaría en la cuenta bancaria de la Fundación Magnum Urumdum, y su principal destino: financiar la reparación y el mantenimiento de las esculturas terrestres y gravitantes, emplazar las nuevas, remodelar las antiguas o aquellas que, por tal o cual razón, hubiesen sido vandalizadas. Mientras que un porcentaje nada despreciable del subsidio estatal sería invertido en comprar cadáveres, los cuales serían distribuidos entre artistas cercanos ideológicamente al gobierno de Mono, al Virrey y naturalmente a las Corporaciones Unidas del Sur,

pues él mismo se había proclamado Celador Infranqueable de las *esculturas vivientes*; así llamaba a sus engendros. Orgulloso de haber sido, él mismo en persona, el primer escultor en empotrar partes humanas a esculturas, o sea.

Aquel día sin embargo Godofredo lucía especialmente más viejo. Especialmente más exacerbado que de costumbre. El viejo se zarandeaba como gallina cascoteada, destortalándose en llantos frente a las cámaras de televisión. Escenografiado más atrás, sobre sus hombros, pasaban enormes mamotretos de quebracho y algarrobo y de otros metales serviles como la chapa y alambres y fierros oxidados. De incomprensibilidad multifórmica y dimensiones toscas y desapasionadas. De temática azarosa y contrahecha, encajados a veces a pantorrillas y costillas, manos, un pie, vísceras y pulmones, pares de pechos, tráqueas, una nariz, húmeros, hígados, un páncreas, detalles faciales como ojos especialmente cavidades orbitales pero también labios y cavidades nasales, pómulos y cejas y la piel de la frente o de la espalda, numerosos cráneos, saliendo y entrando de instalaciones tremebundas que intercalaban sombras y luces enrevesadas de minimalismos boscosos y tabulaciones sórdidas, casi reales y sintéticos, con simulador tridimensional incorporado a su base de datos. Las obras más experimentales y aterradoras fueron sacadas a las calle por orden de Godofredo, quien ordenó a su patrulla de mantenimiento que la dispusieran repartidas por allí nomás, como fuera, no tan juntas unas de otras, pero esparcidas lo suficientemente como para que la tropicana se diera cuenta, que había pleito.

Pronto comenzó el ensimismamiento de peatones que eventualmente pasaban por allí. Matronas barriales que iban o volvían por el pan y las cebollas y los tomates perita y los pescuezos cárnicos y las menudencias para el guiso carrero del mediodía. Ñeris patasucia mendigando moneditas para el vino y las máquinas expendedoras de ácidos alucinógenos. Algún que otro bienaventurado haciendo footing o flexiones de brazo sobre la remanencia del ex Black River. Perros ladrando. Gatos apareándose. Y también por allí, curioseando, la chismorrería suburbial, combándose sobre la

escena hasta compactarse en una entidad u horda bajo el solazo centelleante.

Llegada la algarada a su punto álgido, las lucecitas de tabletas y celulares se encendieron para capturar las primeras imágenes y transmitir en directo por todos los canales y sintonías y redes sociales de Subtrópico Profundo el reclamo cultural del viejo Godofredo Epifanio, zumbado de cerca por un par de sabuesos rastreadores de la Fundación Magnum Urumdum.

Era el marco ideal para la foto de prensa. Godofredo se sentía una santísima celebridad de la prestidigitación y la artería y quizá lo era, pues sabía muy bien cómo planificar impactantes cimbronazos mediáticos. No era para menos, todos los gobiernos de Mono lo malacostumbraron con tributos gansos y sobrecargados. Lo reverenciaron como a un semidiós, cuando no había hecho más que *legalizar* el descuartizamiento y la evisceración de cadáveres para fines artísticos. La primera vez que se filmó —y con ello *estrenó*— la motosierra automática que se había implantado en el brazo izquierdo durante su último viaje en chárter alquilado a Ámsterdam—, lo hizo serruchando el brazo putrefacto de un ñeri desaparecido durante las últimas revueltas civiles contra el régimen del Virrey. Posteriormente subió el vídeo a la memoria de Subtrópico Profundo y la socializó en tropicana. El brazo despellejado y otras extremidades del ñeri, cosidas a puñaladas, aparecieron taraceados a una escultura de urunday con forma de alcachofa o piña enrevesada de cables y mangueras de luces, que pendulaba sostenida por cadenas colgantes desde lo alto de una estructura triangular de tres metros de altura, debajo de la cual había un copón romboide de vidrio blindado, repleto de agua, donde se retorcían cientos de anguilas eléctricas modificadas genéticamente que descargaban hasta mil voltios cada una.

El resultado fue extraordinario. Si bien los primeros miembros humanos en desuso —reutilizados tras la sanción el decreto Magnum para obras escultóricas— carecían de movilidad, Godofredo había recreado en su taller-laboratorio, usando circuitos pro-

gramáticos específicos de prediseño y automodelación y copias tridimensionales del *Anguillidae*, el primer circuito voltaico para movilizar extremidades u órganos de muertos.

En *off*, los funcionarios allegados a Epifanio argüían que el viejo ya estaba gagá, aunque reconocían su aporte a los procesos de transculturización tropicana afianzados especialmente durante los dos últimos Gobiernos Monos: su “avanzada edad” —decían— ya no le permite “diferenciar la realidad del Subtrópico Profundo”. Un par de semanas después de la Masacre, un informe especial del suplemento *Venus de Willendorf* del prestigioso Instituto Celador de Esculturas Trans Humanas reveló que Godofredo Epifanio alteraba su percepción de la realidad con psicofármacos de realidades aumentadas apócrifas. El informe publicó la descripción de su último terapeuta —también desaparecido y posiblemente desguazado y utilizado en algunas de sus esculturas—: *Sus oídos zumban todo el tiempo, incluso cuando duerme o intenta descansar. Hay un ruido metido adentro de su cabeza, graznándola. Es como una motosierra eviscerando su cerebro* —dice. Tantos años, piensa el viejo Godofredo, motosierra, amoladora y taladro, sin usar protectores auditivos, lo dejaron sordo. Ya casi no escucha. “El viejo a veces se levanta y dice que sí a todo, otro día se despierta y dice que no a todo. Te mira fijo, como si te escuchara, pero no entiende nada” confesó su último amante, el transdroide paraguayo Emir Fernández.

Encima cuando dormía mal nadie lo soportaba e incluso sus laderos más íntimos, conociéndolo, le rehuían. Aquella mañana, antes de montar la algarada, mantuvo una escaramuza con funcionarios del Ministerio de Cultura que consistió básicamente en trenzarse con ellos insultándolos y usando palabras soeces. Pese a las advertencias que Godofredo Epifanio les hizo llegar, no depositaron sus jubilaciones de privilegio anticipadas tal como había acordado con las autoridades de turno, y tampoco garparon las subvenciones millonarias de la Ley Magnum. Ni todo lo demás, que habían acordado acometer, no lo hicieron. No pagaron.

— ¡Maldita democracia de Monos! —protestó Godofredo Epifanio, alzando ambas manos abiertas por encima de los hombros y agitando los brazos. Su equipo de prensa capturó imágenes alusivas y concluyentes de aquel instante histórico. Tenía levantada la cabeza, solemnizada la barbilla, cerró los ojos y se frotó las órbitas con los puños, y ordenó: ¡SAQUEN LAS ESCULTURAS A LA CALLE!

Godofredo denunció que el Ministerio de Cultura no depositaba desde hacía tres meses los fondos correspondientes de la Ley Magnum a la Fundación Magnum Urumdum y detalló que las deudas que correspondían al mes de mayo ascendían a quinientos cincuenta y tres mil ciento sesenta y siete dólares, mientras que el segundo pago era de setecientos veintitrés mil trescientos setenta y dos dólares; y el tercero era por un valor de setecientos dieciocho mil novecientos setenta y tres dólares. “Mono nos debe más de un millón de dólares. Hoy es un día negro para el arte, me duele tener que poner las esculturas en la calle para realizar un corte de circulación vehicular aéreo y terrestre” expresó el emérito, frente a cientos de miles de luminarias android que lo apuntaban desde distintos ángulos de la realidad.

La fuente romboide repleta de anguilas eléctricas estaba allí; sobre ella pendía la alcachofa de cuyo interior brotaban, como púrrulencias reventadas, extremidades y vísceras que temblequeaban y se derretían, aceitosas, entre mangueras luminosas y lucecitas de neón. También había una estructura cónica de cobre de unos siete u ocho metros de altura, desde cuyo vórtice brotaban y caían cabezas humanas decapitadas en medio de una cascada de malteada de todos los colores. También había una araña gigante hecha con huesos humanos, trash tecnológico, hilo sisal y bombitas transparentes de líquido cefalorraquídeo enquistados en multitudes a sus ocho patas ortopédicas animadas. Una grotesca carcaza de quebracho colorado, asemejada a una enorme cabeza de caballo, fiera, contrahecha, de hocico garrapiñado y quijada nerviosa, recubierto de músculos y piel cuarteada de indio qom.

Y finalmente la atracción principal del piquete cultural: un *Gigantopithecus blacki* de tres metros de altura, de brilloso pelaje negro, imponente, luciendo sus colmillos con la boca abierta como para tragar tres sandías enteras de un solo bocado y erguido, sobre sus colosales pantorrillas, inflaba el pecho amenazadoramente. El enorme simio se golpeaba con ambos puños la caja torácica y hasta rugía, tenía bolas abultadas y un pene abrumador. La escultura fue diseñada holográficamente por el propio Godofredo, quien, por pedido especial de un egregio miembro de la Fundación Magnum, fue sepultado debajo del *Gigantopithecus*, dentro de una crisálida translúcida desde donde podía vérselo, en posición fetal, desnudo, descomponiéndose.

— ¿Dónde duerme un gorila? —preguntó retóricamente Godofredo Epifanio, procurando sacarse de encima un enjambre de micrófonos, cámaras, grabadores y flashes fotográficos. Dibujó una media sonrisa sañuda y rodeó con sus ojos negros el centenar de gentuza hormigueando por las escalinatas del domo piramidal de la Fundación Magnum Urumdum, desde donde podía verse el embotellamiento vehicular y el caos generado por los mamotretos escultóricos y un puñado de motonetas gravitantes dibujando rulos como moscardones en el aire. Godofredo pausó la escena un instante y volvió a repetir: “¿Saben, ustedes, dónde duerme un gorila?” Los periodistas lo escudriñaron rabiosamente. El viejo Epifanio sostuvo la mirada.

—Un gorila duerme donde se le da la gana —sentenció, y se desató la carnicería.

UNA AVENTURA EN EL MONTE

Yo nunca voy a tener hijos —comentó Naylén Huppans, y cerró un segundo los ojos. Sintió el tórrido viento norte soplándole la cara, las partículas de polvillo metiéndose por sus poros, sonrió y enseguida abrió los ojos de nuevo y miró a Fabricio Delhi.

— ¿Sabías que el Patriarcado se originó en el paleolítico superior?

Él la escuchaba como quien escucha a un loro verde relamiéndose las plumas.

Viajaban en bicicleta rumbo a Colonia Benítez. Salieron temprano el sábado. Era enero. Había nubarrones sueltos pero despejó enseguida. Tenían planeado pasar la noche allí. El día estaba radiante. En la rotonda habían tomado la segunda salida en dirección a la Ruta 16. Más adelante, en la otra rotonda, agarraron la primera salida hacia la Ruta 11.

En el acceso a Colonia Benítez debían encontrarse. La diseñadora gráfica Camila Espiguereda, la empleada pública Carolina Ramírez, el actor Mariano Casanova y el realizador audiovisual Eduardo Tardío. Pasarían la noche en la cabaña de Fabrizio, cuyo enorme patio era lindante con la densidad boscosa de la verdadera naturaleza tropical real verdadera.

Naylén y Fabrizio se gustaban más o menos. Ya habían estado juntos un par de veces. Ella se había recibido de Comunicadora Social pero después de trabajar algunos años como reportera gráfica en el matutino *La Voz de la Verdad* abandonó todo y decidió no

trabajar más. Juntaba dinero haciendo artesanías, y viajaba. El sur de Brasil, Paraguay, la costa uruguaya eran sus destinos favoritos. Volvía a Resistencia cada tanto, montaba una exposición fotográfica, juntaba más dinero y volvía a viajar. Fabrizio no necesitaba ni trabajar ni ganar dinero. Había heredado cuatro valiosas propiedades en el casco céntrico de la city, y las alquilaba. No importaban los gobiernos que pasaran, él siempre tendría esas cuatro propiedades para hacer dinero y vivir, el tiempo que le placiera, de rentas. Bien al pedo.

A Fabricio, Naylén le parecía muy snob. Pero sin embargo estaba fascinado con las aureolas escarlatas de sus tetas y su apretada vagina rosada y sus piernas, sobre todo sus piernas doradas y sus nalgas bronceadas. A Naylén, Fabrizio le parecía *un poco quedado*. Pero sin embargo la seducía qué él viviera como una estrella de rock sin serlo y además, decía, que la hacía reír y con eso era suficiente, ya que para Naylén la risa revitalizaba su confabulación astral, los planetas se alineaban y su aburrimiento existencial desaparecía.

En sus numerosos viajes Naylén consumió toda clase de drogas y le gustaba regodearse de esas experiencias. Sostenía que lo hacía de manera “responsible”, que su cuerpo —su cuerpo, decía, paseándose las manos por las caderas— estaba en comunión con *su* espiritualidad y *su* energía, en equilibrio con *su* corazón y en alianza con *su* vida, propia suya personal, la vida, real y verdadera, la suya, *su* vida, decía: “Es mi cuerpo, es mi vida”.

Predicaba que las drogas se consumen en dosis homeopáticas para que el cuerpo pueda entregarse a la sabiduría del goce y a la inmanencia del mantra perpetuo. Pero cuando experimentó con ayahuasca su estado de conciencia se modificó radicalmente. Consideró que el veganismo era una opción de vida y de conducta de vida que revelaba su verdadero yo interior. Empezó a juntarse con artistas contemporáneos y gente de temperamento libidinoso. Todas las causas eran justas para Naylén siempre y cuando ella tuviera la

oportunidad de desnudarse y contonearse en gimnásticas performáticas callejeras. Ella era siempre una de las atracciones principales en las innumerables movilizaciones contra el reformismo permanente de Virrey Macri.

—Yo soy libre —dijo Naylén—. Eso lo tenés que saber antes que nada. Si querés estar conmigo. Lo tenés que saber, Fabrizio.

—Sí, ya sé, Naylén, me lo dijiste un montón de veces.

Estaban algo exhaustos. Atrás dejaron el Río Tragadero, las pocas esculturas que quedaban íntegras, o en pie, del Monumento a los Caídos de la Masacre de Margarita Belén. Era media mañana y el sol asfixiaba. Fabrizio había insistido en viajar en su coche, en media hora estarían allí pero Naylén y Carolina, fanáticas de las bicis, insistieron con las vacaciones, el sol, el aire libre y el sensacional espectáculo de la naturaleza chaqueña.

Naylén desarrolló una comunió n especial con los árboles. Ella decía que amaba a los árboles y a la Madre Naturaleza, pero sobre todo a los árboles. Meses antes de volver a Chaco estuvo en Australia donde se unió a la nueva corriente de eco-sexuales. “¿Qué mejor manera de conectarse con la tierra que a través del sexo?” le había dicho a Camila en una comunicación holográfica que mantuvieron dos meses atrás y en la que también anticipó que volvería a Resistencia. También le envió un selfie-vídeo de unos treinta y tantos segundos donde se la veía junto a otros ecosexuales completamente desnudos y enfebrecidos, danzando estúpidamente alrededor de una instalación enrevesada de carnívoras *nephentes holdenii* (famosas por su forma de pene, alcanzan unos treinta centímetros de altura), a las cuales adoraban y rezaban y masturbaban con fruición. Todo bajo un tendal de luces psicodélicas y extraños trances chamánicos para una realización audiovisual performática que llamaron *Ecosexual Bathhouse*, y se llevó a cabo en el Real Jardín Botánico de Victoria en Melbourne.

Naylén y Fabrizio descansaron bajo la sombra de un timbó colorado majestuoso, sobre cuyo tronco apoyaron sus bicis. Bebieron agua de botellitas mientras esperaban al resto sentados sobre el pasto reseco y entre orejas de negro —fruto del timbó—, a varios metros de la ruta. Vieron una iguana enorme cruzar frente a ellos y escabullirse entre los matorrales.

— ¡Uy, qué calor que hace! —protestó Fabrizio, secándose la transpiración de la frente con el brazo—. ¿Será que van a tardar mucho? Voy a mandarles un mensaje.

Amagó sacar el celular de su mochila.

—No es necesario —comentó de inmediato Naylén—. Mirá, allá vienen.

Mariano venía pedaleando adelante. Le seguían Camila y Carolina y por último Eduardo. El calor castigaba sobre la cinta asfáltica y parecía difuminarlos en una nube vaporosa de gas. Estaban empapados pero se los veía contentos. Todos tenían gorrita y protector solar y anteojos.

Naylén se sonrió. Fabrizio le devolvió la sonrisa y después clavó la mirada en sus pechos. Naylén era desesperadamente bella y Fabrizio la deseaba desesperadamente.

—Nuestro fin de semana será maravilloso —dijo ella, colgándose de sus hombros.

—Ya te veo... —dijo, despacito, él, imaginando penetrarla.

—Qué...

—No, nada.

— ¡Llegamos! —gritó, de lejos, Camila. Apoyó la bici sobre unos pastizales, igual que los demás—. ¿Todo bien?

— ¡Sí, es maravilloso que estemos acá! —dijo Naylén, lanzándose a sus brazos— ¡Qué bueno volver a verte, amiga!

Camila lo miró a Fabrizio y Fabricio esquivó esa mirada.

Fabrizio actualmente salía con Camila pero se había acostado —muchas veces— con Naylén y con Carolina. Carolina siem-

pre intimó con Mariano. A Mariano le gustaba Fabrizio pero Fabrizio no era gay y no podía sacar los ojos de la vagina cosmopolita de Naylén desde que llegó de Australia. Eduardo se había acostado por primera vez la semana pasada con Carolina. A Carolina no le gustaba tanto, era más su amigo, pero estaba bien siempre y cuando touch and see you later. A pesar de no ser su pareja, Carolina le mintió a Eduardo cuando este la invitó a salir el viernes pasado; ella adujo que saldría con sus amigas, pero en realidad se encontró con Camila porque a ella, a Carolina, le gustaba Camila y Camila sabía que cada vez que llegaba Naylén, Fabrizio tenía sexo con ella, su best friend. Entonces Carolina consolaba a Camila acostándose con ella. Más allá del buen sexo, Fabrizio nunca llegaría a nada con Naylén ni ella con él. Camila lo sabía y por eso aceptaba los revolcones de Fabrizio. Mariano, que además de actor era un carnívoro pansexual, sabía que no llegaría a tener sexo con Fabrizio jamás, así que de vez en cuando se acostaba con Camila cuando ella no se acostaba con Carolina. A veces, en ocasiones especiales, se acostaban los tres: Mariano, Camila y Carolina. A Eduardo le gustaba Carolina pero siempre que Naylén volvía a Resistencia dormían juntos.

La cabaña de Fabrizio Delhi era sensacional. Estaba ubicada a pocos kilómetros del acceso a Colonia Benítez. Para llegar había que hacer un caminito sinuoso de tierra ladeado por los campos de cultivo y procesamiento de marihuana del Laboratorio de Cannabis Experimental y las instalaciones científicas del Complejo de Criptobotánica y de Reserva Natural Estricta de Botánica Oculta y Botanomancia. El ingreso al predio de la cabaña estaba custodiado por un jaranerío de palmeras violentas y cactus insondables, emperifolados por irregulares desplazamientos de esteros y pastizales indecorosos. Había que pasar la tranquera. A los ladridos los recibieron Osho y Sheela, dos mastines de kumaon brutos y torpes que chocaban sus cabezas todo el tiempo.

Naylén ya conocía la cabaña. Naylén y desde luego Camila y Carolina y Eduardo y Mariano también conocían la cabaña de Fa-

brizio. Solían organizar maratónicas fiestitas metro-asexuadas y orgías descontroladas al aire libre durante siestas y tardes y noches con banquetes interminables y narcolépticos. Allí no los molestaba nadie. La chacra más cercana era la de Don Pérez, tres kilómetros al noroeste. El resto era densidad boscosa. Microrrelieves arbóreos y contingencias herbáceas abrigaban la cabaña, entre espesas selvas de ribera. Cinco dormitorios. Dos baños. Cocina-comedor. Sala de estar. Patio. Quincho y parrilla. Piscina. La heladera y el frízer rebalsaban de cerveza artesanal, mejunjes culinarios para vegetarianos esnobistas y pócimas vegánicas indigeribles.

Ni bien llegaron arrojaron sus mochilas en la sala de estar como catapultas y se metieron a la piscina. Las bicis quedaron amontonadas bajo el quincho. Osho y Sheela se revolcaban en los pastizales.

Después del chapuzón, Camila y Naylén salieron a caminar por el monte. Divisaron una manada de monos desplazándose entre la arboleda, como sombras. Naylén le contó cuánto amaba la Tierra, cuánto podríamos aprender de ella para salvarla, y lanzó:

—Queremos cuidar el planeta y queremos hacerlo de manera que sea sensual.

Camila intentaba escucharla mientras pisaba en puntitas de pie un sospechoso colchón de ramillas secas de donde imaginó podía salir una serpiente o un alacrán gigante.

—Ah, sí, lo del “sexo pensativo”.

—No, Cami, meditativo. “Sexo meditativo”. Nos ayudó a encontrarnos con la naturaleza, sabés. Aunque no —no siempre, dijo, y sonrió— implica penetración ni sexo como muchos creen y nuestros detractores repiten para desacreditarnos.

Camila imaginó a Fabrizio y a Naylén desnudos, enrevesados sobre un tronco seco de quebracho colorado detrás de altos yuales, haciéndolo con la Madre Naturaleza en medio de movimientos pasmosos.

—Nuestro interés —continuó Naylén— es la promoción de un cambio de paradigma de la Tierra como madre a la Tierra como

amante. Porque la Tierra no tiene que amarnos incondicionalmente, nosotros a ella sí.

Habían llegado a la costa. El Río Tragadero tragaba cosas por allí. Eso decían. Por eso se llamaba Tragadero el río, porque tragaba cosas. Lo contemplaron un momento. Como no tragaba nada, mojaron sus pies. El sol satinaba sus amarronadas aguas. No podían ver sus pies debajo del agua pero sí sentir el fango. El agua pasando los tobillos. Los pececitos zumbando entre sus pies. Los monos aullando. Los pájaros. La claridad peligrosa del monte.

Sopló un viento ramplón.

Naylén cerró los ojos sonriendo. Los abrió de nuevo para decir:

—Volví para quedarme en Chaco, amiga. Quiero establecerme acá, en Colonia Benítez. Vine a proponerles que nos vengamos a vivir todos a la cabaña, que seamos de las primeras comunidades eco-sexuales de América Latina.

El paseo por el Tragadero fue espléndido. Naylén dijo a Camila que al mediodía, en el almuerzo, compartiría sus intenciones con el resto del grupo, y, a la noche, en una velada especial, realizarían un rito de iniciación.

Cuando volvieron a la cabaña, Fabrizio encendía el fuego para el asado en el quincho, bebía cerveza y jugaba con su celular. Carolina y Eduardo, sentados al borde de la piscina, pantorrillas bajo el agua, dorados bajo el sol, se lanzaban miraditas y sonrisitas. A Naylén esto último no le gustó una mierda. Los miró de reojo y capaz Eduardo cazó la indirecta. A Naylén en realidad no le caía bien Carolina a pesar de que tenía buen sexo con ella; pensaba que era mediocre, por eso era empleada pública.

Mariano recién se había duchado. Su figura era extraordinaria y voluptuosa y Naylén y Camila, recién entradas a la cabaña, lo devoraban con los ojos mientras él se paseaba por toda la casa con la toalla arrollada hasta la cintura. Naylén y Camila fueron a la co-

cina y se prepararon jugo de remolacha y manzana y limón con cubitos de hielo. Mientras, lo seguían mirando a Mariano que clavó su culo estirado en el sofá y encendió la televisión y no paró de hacer zapping. Cinco minutos después Naylén y Camila se aburrieron. La primera se fue a sentar al lado de Eduardo a ver cómo hacía zapping o a escucharlo hablar de sí mismo pues le encantaba escuchar a los actores hablar de sí mismos, y además estaba semidesnudo y podría mirarlo más de cerca mientras mantenían conversaciones superfluas, pensó. La segunda fue directamente a comer, a grandes bocados, la cabeza de Fabrizio. Le dijo que Naylén se había vuelto loca.

—Ay, no sabés las cosas que me dijo, amor.

Apoyó sus manos en los hombros de Fabrizio, que escarbaba entre las brasas con el atizador, humeaban las costillitas, el vacío, los chinchulines, los chorizos, la morcilla. Me dijo —dijo Camila— que quería que todos fuéramos hippies como ella.

— ¡Cómo que hippies! —recolgó, tirando el atizador junto a la parrilla.

—Y sí, mi amor, yo te dije que era ridículo que nos volviéramos a juntar.

—Bueno, chicas, chicos, quiero decirles... que... bueno... como ustedes ya saben... antes de estar en Australia viajé a París, donde... bueno... ustedes ya saben... vieron mis fotos en las redes... con la famosa actriz y cantante... Soko...

Nadie sabía quién era Soko, salvo Carolina que por ahí, biseó, la oyó mencionar en Youtube.

—No es esa chiquita rara que fue la novieca de la chica esta... hmm... la de *Crepúsculo*.

—Kristen Stewart.

—Sí, esa.

—Malísima esa película.

—Sí, de lo peor.

—¿Sí, no?

Naylén carraspeó.

—Che, a ver, déjenla hablar a Naylén, que quiere decirnos algo —intervino el comensal.

—Gracias, Fabri —se paró levantando la copa, sonrió—. Olvídense de Soko y de Kristen Stewart. Porque lo que estoy a punto de proponerles nos cambiará la vida a todas, a todos, a *todes*... Esta noche, mis queridos, cuando Acuario domine las estrellas en la hora de Venus, y la conjunción de la Luna y Aldebarán de la constelación de Tauro revelen a Júpiter, en dirección al sureste... —Fabrizio cerraspeó y Camila lo codeó. Eduardo enviaba y recibía mensajes en su teléfono celular. Carolina y Mariano bufaban en complicidad. Naylén se dio cuenta enseguida, así que apuró el asunto—. La Tierra es nuestro amante. “Uy otra vez” —susurró Camila—. Estamos loca, pasional y ferozmente enamorados, y agradecemos esta relación, todos y cada uno de todos los días... Hacemos el amor con la Tierra. Somos terrófilos, pirófilos, aerófilos y acuófilos. Sin pudor masajeamos la Tierra con nuestros pies y la masturbamos con nuestras manos, y hablamos eróticamente con las plantas. Somos naturistas, adoradores del Sol y la Luna y contempladores de las estrellas. Acariciamos las piedras, gozamos con los ríos, a menudo admiramos las curvas de la Tierra... Esta noche, bajo mi tutela y coordinación y experiencia en artes amatorias naturistas, tendrán la posibilidad de hacer el amor a la Madre Naturaleza... Por primera vez...

Nadie quedó conforme con el speech de Naylén. Camila pensó que Naylén estaba loca. Fabrizio pensaba cómo podía acercarse a Naylén, estar un rato a solas con ella sin que Camila se diera cuenta. Carolina no sabía muy bien qué pensar en general ni en particular tampoco, pero le pareció inmoral y libidinoso, aunque muy cool, hacer el amor con las plantas. Mariano no dejaba de apreciar el bulto de Fabrizio y Camila era la única que se daba cuenta. Eduardo sospechó que Naylén se había vuelto demente y era peligrosa y además ya habían tenido sexo así que lo mejor era hacerle caso en todo lo que dijera.

Para la ceremonia de iniciación, Naylén, a través de su dealer exclusivo en Resistencia city —su propia prima hermana Chaparrísimá Huppans, secretaria general del Sindicato de Modelos del Chaco—, se proveyó de las drogas necesarias para el ritual orgiástico. Dos días atrás lo mandó a buscar un bolso negro a Fabrizio a lo de Chaparrísimá, antes de acostarse con él. Adentro del bolso había triptaminas, feniletilaminas. Algunos antipsicóticos, también opiáceos. Cannabis, seguro. Hongos, obvio. Y estimulantes naturales.

Fabrizio recargó la nevera portátil con cervezas.

Eduardo y Carolina se encontraron casualmente en el baño y tras un breve coqueteo entre ambos hubo acceso carnal. Fueron diez minutos, suficientes. Naylén se dio cuenta, no dijo nada pero pensó que Eduardo estaba cayendo muy bajo al revolcarse así con una empleada pública y se agendó mentalmente recordárselo la próxima vez que tuviera sexo con él.

Camila y Mariano tomaron sol.

Sobre el vamos, o sea, después de equiparse para la expedición naturista al monte chaqueño, Naylén les recordó por tercera vez que la ceremonia debía realizarse minutos después de la caída del sol.

—El sol no se cae —le corrigió Camila, que era diseñadora gráfica y alguna vez se lo corrigieron a ella también—. Técnicamente, somos nosotros los que damos vueltas. No sé, me parece que todo eosexual debería saberlo...

Naylén conservó la calma aunque el comentario de la empleada pública le causó náuseas. Se llamó a sí misma a desempeñar su futuro cargo de gurú eosexual con responsabilidad por lo que no respondió como en un principio pensaba hacerlo. Le hubiera dicho: “Negra de mierda, arrastrada, regalada...”. Pero acertadamente optó por ser políticamente correcta y le respondió para salir del paso:

—Ay, Caro, es una parábola.

Carolina lanzó una risita.

Intervino Eduardo, que no intervenía casi nunca, y salvó la disputa:

—Déjense de joder las pelotas. Dios no existe y punto.

Naylén les dijo que no olvidaran llevar repelente para mosquitos, leña, bosta seca de caballo —de vaca también sirve, la bosta seca— para arrojar al fuego y espantar con la humareda la mosquita, cuchillo de caza también lleven —“aunque no vamos a cazar nada”, añadió y lanzó una mirada malagueña a Carolina, y se sonrió y continuó—, linternas, encendedores, el bolso con los fármacos y la bebida espirituosa, para celebrar. Jijiji.

—No se olviden el kit anti-zombi —dijo Fabrizio.

—No seas pelotudo —desenvainó Camila.

—No, en serio —insistió Fabrizio, levantó su remera y lució sus abdominales cuadriculados y la culata de una Bersa Thunder calibre .22 entre la cintura y el ombligo, enganchada debajo de su cinturón—. Con una estas —continuó, sacando la pistola y mostrándola al grupo— se cargaron al pelotudo de Nisman.

—Che, no hablen así. Era un fiscal de la Nación —sornó Mariano, quien en general y en particular también consideraba a sus semejantes frívolos e irreales.

—Un pelotudo irremediable —comentó Camila, encendiendio un porro.

—A Nisman no lo mataron —protestó, indignada Carolina—, se pegó un tiro. Era muy blandito. Lo apretaron un poquito y reculó.

—¿Cómo sabés? —la interpeló Eduardo.

—Suficiente, ya no importa —sentenció Naylén—. Vamos, es la hora.

Mediando la tardecita la pitonisa y sus apóstoles caminaron en dirección al Tragadero. Rato después, se difuminaron monte adentro. Los yuyales, una vez oculto el sol, eran insobornables. Fue extraño, pero refrescó prontamente. Por suerte se untaron en el

cuerpo una docena de potes de repelente y Naylén distribuyó túnicas verdes con capuchas debajo de las cuales, obviamente, debían estar desnudos de cara al ritual de iniciación. Caminaron un kilómetro hasta el río. Todos fueron en silencio, en hilera. Los pasos crujientes. Los estertores del monte. Siempre hay estertores en el monte. Es así. Criaturas. De toda clase hay criaturas. Las criaturas hundiéndose en la densidad peligrosa del temerario Subtrópico Profundo. La naciente hermandad circunscripta bajo el génesis de la luna atizada alineada con Marte, de temperamento colérico y espinoso. Las estrellas, ¡qué hermosas! Todo era perfecto, tal y como Naylén lo imaginó.

Cuando llegaron a la costa, encendieron un fuego. Del otro lado del tragadero podían verse lucecitas, centelleos, provenientes de las instalaciones del Complejo de Criptobotánica y de Reserva Natural Estricta de Botánica Oculta.

El ritual no puede fallar, pensó.

— ¿Tomaron sus drogas? —preguntó en general.

Todos asintieron. Enseguida ordenó que hicieran un círculo alrededor de la lumbre y se tomaran las manos.

—El mundo de las plantas está bajo la influencia de los planetas y está destinado a alimentarse de la criatura humana, para poder subsistir. Hoy, nosotros, Madre, nos entregamos... —Naylén dejó caer la túnica verde. Su cuerpo lucía sensacional. Todos la imitaron y, también, dejaron caer sus túnicas.

— ¿Y ahora qué? —preguntó Carolina.

Crujieron los árboles, y los animales pronta e inesperadamente callaron. Húmedos y fangosos palpos, salpicados de filosas suculentas, acariciaron por un momento los bronzeados pechos de Carolina y se metieron entre las piernas de Naylén y rodearon la cintura de Camila y se retorcieron entre las piernas de Eduardo y acariciaron los huevos de Fabrizio.

Árboles cortos y gruesos brotaron del fango moviéndose hacia el río sobre sus raíces rojas granuladas. Palpitó el instinto salvaje, la corrupción multitudinaria de la naturaleza los agazapó en

pocos segundos. Como un serpentario, las ramas de aquellos árboles se enroscaron hasta triturar. Carolina lanzó un quejido cuando una de esas ramas quebró su cuello y la envolvió entre sus tentáculos y con brutal energía y velocidad infernal la levantó como un trofeo en el aire y la arrojó hacia sus raíces, que la destrozaron y evisceraron en segundos. Camila ni siquiera alcanzó a gritar, desmembrada en tres pedazos igual que Fabricio. Cuando reventaron los cráneos de Eduardo y Mariano sonaron secos, lejanos. Naylén sonrió, y el tentáculo penetró.

EL BAUTISMO

Si bien todavía no era un músico —digamos— “famoso” de rock, nucleaba a vagos de diversa calaña, índole y clase social, que sin embargo en el futuro —así lo creían, lo manifestaban naturalmente— alcanzarían la popularidad de masas: grandes novelistas multimedia, cuentistas estrambóticos, poetas estéreo, artistas visuales del friki-gore, filósofos delirantes, progresistas posmodernos revival, punkis tecnológicos, alucinados, alucinógenos, millennialis, centennialis, multisexuales, multiseculares, etcétera. Todos sin excepción le tenían una especie de adoración dionisíaca, como si todos —futuros cronistas de la posmodernidad tropical de la city— adoraran la permanente eyaculación de intelectualidad que emanaba la poderosa mente creadora de Severino Huppans.

«Los agentes políticos del futuro se dividirán en optimistas y pesimistas, pero ni unos ni otros podrán interrogar a la ficción real verdadera. Tantear sobre el filo que bifurca a la realidad de la ficción. Expulsar el perro rabioso, la bronca espumosa por la boca. Delirar. El delirio es la respuesta liberadora a la mierda ontológica que cagan los editores de diarios y los cagadólares plenipotenciarios del régimen zoocrático, así como los grupos concentrados de poder económicos, que cagan ingentes cantidades de bosta y lo hacen muy seguido y portan apellidos tales como Gómez Álzaga Balcarce Laretta Duhau Escalante Avellaneda Pereyra Iraola Anchorena Beraza Duggan Santamarina Santamanina De Alzaga Galli Lacau Rossi Lafuente Mendiondo Lalor Ballester Tronconi Paz Anchorena Beaumonte Blaquier Ochoa Paz Guerrero Harriet Depellaniz Anchorena

Zuberbühler Inchauspe Sansot Vernet Basualdo Pueyrredón Defferrari Duhau Nelson Bullrich Pereda Ocampo Zubiaurre Herreras Vegas Arrechea Harriet Lalor Udaondo Fuchus Facht Colombo-Magliaro Ayerza García Zuberbühler Lanz, todos recalcitrantes hijos de remil puta, solía predicar Severino Huppans entre sus tocayos, bastardos ñeris del subtrópico.

A raíz de un happening cannábico que el propio Severino Huppans había ideado para la fachada de la Iglesia Catedral una noche de colocón lisérgico, y que consistió básicamente en la instalación de porros gigantes de utilería depositados en las escalinatas del mencionado antro religioso (eso sí, en absoluto secreto, una madrugada de febrero, en complicidad con Paul Nigrow y otros jóvenes aspirantes a escritores a quienes maltratábamos constantemente para sentirnos literariamente superiores), la banda en cuestión, liderada por el “verdadero” padre fundador del *harsh-noise* primigenio, pasó a denominarse Nigromantes del Subtrópico.

Al ridículo nombre de esta banda, agrupación o lo que diablos fuese, lo impuso el propio Huppans. Fue en el tugurio Disco Perrando. Quienes rodeábamos casualmente a Huppans, Paul y yo y los otros escritores, sentados todos a la mesa, una noche cualquiera de sábado reventón, en una esquinita cerca de la barra, escudriñados de cerca por los legendarios escritores Pablo Gamorra, Alejo Luna y Eduarda Cerdá, fundadores del *gótico litoraleño*, lo vitoreamos ni bien nos enseñó con su celular las fotos del happening cannábico en las escalinatas de la Iglesia Catedral a pesar del delirio fractal en el que estaba inmerso a causa de unas pastillitas mágicas negras que consumía seis, siete, ocho veces por día, y, para darle más protagonismo, nos dispusimos a golpear nuestros vasos rebosantes de cerveza contra la mesa; pues mientras más cerveza derramábamos, más contribuíamos a enaltecer la figura de Huppans.

Después de esa noche no volvimos a ver a Severino Huppans durante toda una semana. Solamente se comunicaba con nosotros por mensajitos de texto, ya que puteaba las redes sociales como un taxista putea piqueteros. Los mensajitos de texto, algunos de ellos,

constituían verdaderas piezas de arte: «Teletransportación de objetos de tamaño macroscópicos», «Resistencia se ahoga en sus propias heces (sic.)», «Enter the void», y el clásico «Esty llegan2 HDP».

Lo volví a ver un jueves por la noche, esnifando *mercurio* en el baño de damas de Disco Perrando. Llevaba puestas gafas oscuras tipo Dylan en los 70 y presentaba como siempre un look punky trash informal, musculosa negra, jeans negros y botas negras, con cade- nitas y aros y piercings colgando por todas partes y pésimos tatuajes estampados en el noventa por ciento de su cuerpo. Me observó con sus delineados ojos negros y enseguida elaboró una sonrisita. «Vamos, Funes, te invito una cerveza. Tengo que contarte algo» me dijo. Estaba acuclillado en el piso e inclinado sobre la tapa cobertor del inodoro, parecía un bicho bolita con un sorbete esnifando líneas de cocaína organizadas de manera prolíja y paralela para ser consumidas de un nariguetazo fenomenal. Huppans era el mejor de nosotros esnifando cocaína. «¿Funes, vas a tomar o qué?», me dijo. «Oh sí —dije yo—. Oh sí».

Me llevó a la barra cruzando su brazo sobre mi hombro izquierdo. Atravesamos un pasillito con techito de chapa; una bombita eléctrica titilaba una luz roja insopportablemente cabaretera.

Huppans compró una cerveza artesanal. Sirvió en mi vaso, en el suyo, y luego de beberse un largo sorbo, acodándose en la barra, me contó que había estado reclutando nuevos miembros para su agrupación. Hablaba a los gritos, sintiéndose un noctívago consuetudinario. Cerca de la ventana estaba sentado el grupito de aspirantes a escritores que maltratábamos. Paul Nigrow, en otro sector, cu- chicheaba al oído con la reconocida modelo tropical Chaparrísima Huppans.

«Yo mismo —me dijo Huppans— escudriñé en villas y en centros comunitarios, en plazas, en parques de esculturas, en clubes sociales, en talleres literarios, en presentaciones de libros, en cines, en bares, en fiestas, en casamientos, en prostíbulos, en agencias de modelos, en cumpleaños de quince... Incluso recorrió numerosas protestas sociales, políticas y gremiales; recorrió mucho los piquetes,

Funes. Me infiltré. Encendió un puchó. Mientras, al mismo tiempo que Paul Nigrow enaltecía su mito literario encerrándose en el baño con la modelo, hizo su entrada a Disco Perrando una mujer de espectaculares atributos cárnicos. «¡¡¡Wué!!!» vociferaron al unísono los escritores maltratados cuando finalmente obtuvieron una perspectiva aceptable del culo de la mencionada.

«Mirá, Funes, ¿me estás escuchando?», preguntó Huppans. «Por supuesto que sí —le respondí, tomándome un trago de cerveza, no pudiendo sacar la vista de la humanidad perpetrada de la mujer, quien, asomándose a la barra, mandó a pedir por el dueño de Disco Perrando. Severino me siguió contando: «Tracé un mapa de Resistencia City Tropical, Funes, en este sentido, quiero mostrártelo. Sacó del bolsillo trasero de su jean un papel doblado y ajado y puso su dedo sobre él e indicó: ¿Ves?, en esta zona que marqué acá, en estas villas suelen pernoctar formas perturbadoras del jipismo tropical, ñeris despreciables, poetas estéreos, ambientalistas arbófilos, activistas de la bicicleta. ¿Me estás escuchando, Funes?

Yo no podía sacarle los ojos de encima a la minita. «Sí, dale, cómo que no, te estoy siguiendo». «Te decía, me infiltré entre esa gente, haciéndome pasar por una versión más light de mí mismo, y utilizando la técnica de espionaje que nos enseñó Paul Nigrow, elegí el menos boludo que encontré y lo incorporé la orden Nigromante.

El tipo que cooptó Severino Huppans no era otro que el poeta decadentista Alex Percudido, adicto prácticamente a todos los vicios: el alcohol, el juego, la merca, las putas. Parlaba con gran desenvolvimiento facultativo, fluidamente, creyéndose presidente ejecutivo de una marca corporativa multinacional, cuando apenas si sobrevivía en una casita que se caía a pedazos, en la temeraria villa Crematus, escribiendo poemas para no ir a trabajar, masturbándose con viejos ejemplares de la revista *Gente* y falopeándose. Todos los registros fotográficos que existen de Alex Percudido lo muestran con barba, melena, ojeroso y sonrisa amarillenta.

Huppans, entusiasmado, me contó que reclutó a Alex Percudido avizorándole un futuro cuanto menos alentador y positivo para

nuestras finanzas. «Tu poesía es brillante, no tiene parangones en la historia de la literatura tropical. Algún día voy a componer música para tu poesía», lo animó. Y le dije además que se llenaría de guita y que podría acostarse con jovencitas y procrear bastardos cuantos quiera sin la vergonzante necesidad de tener que hacerse cargo de ellos, tanto afectiva como económicamente, lo cual colmó de expectativas y entusiasmó al boludito.

Me contó Huppans además que rápidamente organizó una fumata nigromántica en el patiecito del fondo; cayeron un par de vecinos, dos jovencitas que parecían una y media y el dealer de la cuadra que caía siempre a falopearse sea cual fuere la razón, y que para celebrar el improvisado reventón trajo cerveza en una botella de plástico y cocaína rebajada para todos.

Huppans no dejó pasar la oportunidad para contarme cómo llegó a dar con Alex. Cómo lo conoció. Cómo llegó a esa joda. Aunque ya me estaba cansando con sus historias y pensé en deshacerme de él, lo seguí escuchando. Hice bien. Leyó un poema de autoría de Alex Percudido, publicado por el suplemento literario de *La Voz de la Verdad*; la abrió en la página 27 y lo leyó en voz alta. Todavía conservo aquella publicación, que le robé a Huppans ni bien pude.

*Ser odiados y resultar molestos
de momento es lo que siempre
les ocurrió a los ñeris
que osaron cortar rutas.*

*Por subsidios fueron garroteados;
pero quien se expone a la envidia
por los más nobles motivos
toma la decisión acertada.*

*Porque el odio no dura,
mientras que el esplendor
tropical y la gloria presentes*

que se proyectan hacia

*el futuro, perduran siempre
en la memoria del garca.*

«El poema en cuestión —conjeturó Huppans, utilizando un tonito borgiano que no me gustó para nada— refiere por primera vez a *lo tropical* como discurso literario rebuscado, caracterizado (básicamente) por el papel preponderante otorgado a las significaciones contrafácticas del Patriarcado, que el propio Gran Humedal del Subtrópico producía (obviamente) con autorización del Virrey en consonancia con el gobierno de Mono. Puedo aseverar que estamos ante la primera pieza fundacional de la literatura tropical».

A mí el poema me pareció de dudosa procedencia, por ser muy generoso. No obstante, Huppans se empeñó en celebrar el supuesto talento literario de Percudido, invitándome al baño de damas a consumir cocaína afeitada sobre la tapa del inodoro. Mientras esnifábamos, entró Paul Nigrow. «¡Te estoy escuchando, Huppans! ¡Ya te dije que no quería oírte otra vez hablar sobre la gilada de la literatura tropical ni de los nigromantes ni de toda la mierda que te caracteriza! ¡Déjá de hacerte el boludo! ¡Mirá que te voy a cagar a trompadas, eh!».

Fue todo lo que dijo Paul Nigrow, medio caliente, eso sí. Después, desapareció detrás de un portazo.

Mientras seguíamos esnifando líneas de cocaína sobre la tapa del inodoro, se agolpaban jovencitas exigiéndonos que saliéramos del baño, que dejáramos de drogarnos. Algunas nos insultaban. Sin darle importancia, Huppans contó finalmente cómo lo encontró al jipi cuando lo conoció: «Escuchá esto, escuchá esto, Funes: Villa Crematus. 15.24 horas. 49 grados de temperatura. Allí estaba el héroe elegido por mí, yaciendo en el suelo hacía horas, en bolas, entre fetas de mortadela, queso derretido y miguitas de pan. Un olor nau-seabundo por todos lados, mucho olor a pata. Se notaba que recién había terminado de almorzar y le habían cortado la luz la semana pasada. “Dale boludo, abrí que soy yo”, le dije pateando la puertita

de la vivienda. “¿Quién yo?” preguntó el muerto de hambre como pudo, arrastrando su aguardentosa voz desde las profundidades del abismo. Si lo veías, Funes, te ibas a cagar risa. “Soy yo, Severino Huppans, dale abrí hijo de puta que me estoy cagando de calor”, le grité pegándole más puntines a la puerta».

Arrastrándose la rata inmunda (estamos hablando de Alex Percudido) finalmente pudo abrir la puerta y Huppans pasar, encontrándose este con tremenda escena; el tipo parloteaba desnudo, aplastado en el grasierto piso de su covacha villera. A causa de la hedionda transpiración que emanaba, tenía pegada a su peluda pansa millones de miguitas de pan y en su también peluda espalda, Huppans llegó a detectar, manteniéndose a una distancia prudente de él, un trozo de feta de mortadela, chiquitito, pero impresionable. Alex Percudido tenía los ojos repletos de arañitas rojas; porro no tenía porque no tenía un mango partido al medio y al parecer había estado consumiendo codeína en jarabe. Le encantaba. Pero tenía un aspecto horrible.

«Era evidente que este tipo de vida le había causado algún tipo de efecto adverso, mi querido Funes» dijo mofándose Huppans, mirándose al espejo y echándose agua en la cara con las manos. «Sin embargo, lo vi de buen ánimo e incluso me recibió a mí, su mentor, con una sonrisa condescendiente, prosternándose a mis pies y tomándolos por las corvas con ambas manos, mientras yo, el amo, lo acariciaba poniéndole la mano encima de su grasienta, piojenta cabellera. Alex irrumpió en llanto. Poniéndome paternalista pero sin perder mística providencial, le dije en voz alta: “Hijo mío, yo te recibo...”.

Lo agarré por los pelos y lo arrastré hasta el fétido baño de su casucha maloliente, y una vez allí introduce su cabeza adentro del inodoro y tiré la cadena. Saqué su cabeza, estaba llena de mierda y pis, y le grité a la oreja zamarreándolo por la nuca: “¡Yo te bautizo, Alex Percudido, Poeta Decadentista!”».

LA CUCARACHA PARLANTE

Siempre la misma pesadilla. Un niño —yo— jugando con bloques de colores, sentado en el patio trasero de su casa. Una cucaracha gorda y repulsiva, del tamaño de una sartén, emerge por el agujero del desagüe y avanza hacia el niño dejando atrás una segregación negra y viscosa. El terror lo deja perplejo. Cierra los ojos. Cuando los vuelve abrir, está subiendo por su clavícula, paseando las antenas por su cervical. Deja una capa de barniz sangrada de burbujitas blancas humeantes mientras está devorando trozos de su cabeza, y empieza a borrarse.

Tal vez lo único que diferenciaba a Cock Roach del resto de los humanos es que él, justamente, era un insecto. Un blatodeo doméstico, más precisamente, uno común y corriente que puede encontrarse en la cocina o en los botes de basura o en cualquier country de Pilar. Pero en cualquier caso, jamás una cucaracha simple y ordinaria, no señor. Cock Roach fue la primera cucaracha doméstica en tener nombre y ser declarado «Ciudadano Ilustre».

Recién nombrado por el gobierno perpetuo de Gran Mono como responsable de la Secretaría Exterior de Buen Ambiente, Cock Roach se desplazaba por los pasillos de Casa de Gobierno como un ministro más. Era un verdadero espectáculo verlo tan comprometido con su flamante cargo. Dialogaba intensamente con otros funcionarios, defendiendo con tenacidad el presupuesto para su área, incluso frente a la convicción del gobernador Mono de achicar

el estado hasta convertirlo en un punto negro inhallable en el organigrama de la historia provincial.

Cock Roach se hizo famoso cuando habló por primera vez en público. El episodio había tenido lugar tres años atrás. Naturalmente, se conocían historias de otras cucarachas que habían aprendido el arte de las palabras e interactuaban como los humanos, mediante el uso del habla, el garrote y la antropofagia. Pero Cock Roach fue la primera del género que hizo público su condición de insecto pensante. Aparecía en los canales de televisión prestando su testimonio sobre cualquier cosa que le preguntaran, él siempre tenía una opinión formada.

Se dio a conocer al mundo contando su extraordinaria y emotiva historia de vida, en su primer artículo firmado bajo el nombre de Cock Roach para el periódico *La Voz de la Verdad*. En aquel texto, muy apuntalado por la Asociación Internacional de Entomólogos, Cock Roach neutralizó la polémica sobre las acusaciones que pesaban en su contra por formar parte de la cúpula directiva del temerario Cartel de los Clones, una red de anarco-activistas dedicada al contrabando de inteligencia artificial, al dejar en claro que su especie pertenece a la *Periplaneta americana*, y que se sentía “como uno más del montón”

—Erróneamente se cree que nuestros antepasados insectiles habitaron la América grande, en efecto, sí, la del Norte. Pero lo correcto es decir que somos originarios de África, de donde los evolucionistas opinan que vienen los primeros *Homo sapiens* tal y como los conocemos, y los primeros *Blattodea sapiens*, tal como hoy me conocen —declaró Cock Roach ante la Honorable Suprema Corte de Justicia de las Corporaciones Unidas del Sur, cuando otorgó por unanimidad su identidad ciudadana y recibió su nacionalidad argentina y su número de documento identitario.

No fue fácil para Cock Roach encaramarse entre los humanos prodigios. Pero gracias a su (en aquel entonces) primera esposa,

la consagrada modelo, actriz y bailarina Thamir Table, de temperamento aguerrido y convicción liberal, logró desembrollarse mentalmente de su condición de inferioridad.

—Él siempre temía que sus días terminaran bajo la suela de un zapato —recordó su (hoy) viuda Thamir Table, quien siempre solía exhibir a Cock Roach sobre su hombro derecho.

De todas sus conquistas, Thamir fue su gran amor, ya que fue la primera mujer, la primera persona a la que él se dirigió mediante el uso del habla, declarándole su amor con una breve epístola que él mismo —ignorando aun que se convertiría en una leyenda de la cultura popular— había escrito mentalmente, y que echa luz no sólo sobre su talento como un escritor sino también sobre sus días en la Oscuridad, su origen marginal y la polémica con las drogas.

Desafortunadamente el original transscrito por la propia Thamir en un trozo de hoja de resma de su archifamosa epístola “Amada Mía” se extravió. En el mercado negro de las epístolas dictadas por blatodeos a humanos cotizó la sorprendente cifra de 74 mil dólares. Los servicios secretos del actual Gobierno Mono señalaron que el trozo de resma podría encontrarse en el reaglomerado territorio de Checoslovaquia. Habría pasado a formar parte de la colección privada de un eminente biólogo checheno, quien colaboró con National Geographic para el guion de un documental de estreno próximo basado en la vida de Cock Roach.

Amada Mía: Debajo de la cama, a la luz pálida apenas asoman mis antenas articuladas filiformes para contemplar el dramatismo de tu belleza conceptual. Miles de órganos sensoriales y sustancias químicas rememoran tus piernas fibrosas hasta tu vientre ahuecado, tus pechos erizados hasta tu boca de mañana fresca, cuel mortaja de mi existencia ovalada y aplanada, mi destino es implacable. Pero no quiero preocuparte, amada, la adversidad de mis días sin sol no arrancará mis patitas espinosas ni mis tarsos pentámeros de tu cálido abrazo. No impedirá que la convicción de mi amor omnívoro, prevalezca por encima de la rencorosa suela del zapato humano. Siempre tuyo, Cock Roach.

Expertos lingüistas en epístolas coincidieron en señalar que “es tan pretenciosa como melosa y febril, indigna tanto como empalaga”. Sin embargo, reflexiona profundamente sobre “la fotofobia natural de su especie, su ambición voraz de éxito y su amor psicótico por Thamir Table”. Pocos meses después de declararle su incondicionalidad, Thamir convenció a Cock de revelar su verdadera identidad, ya que, siendo ella misma una celebridad, la prensa de espectáculos reclamaba saber quién era su actual pareja.

Cuando se presentó en sociedad, nadie estaba seguro si efectivamente lo que veían con sus propios ojos era real verdadero.

—Es un blatodeo muy especial, su nombre es Cock Roach —manifestó Thamir Table, a quien se notaba especialmente radiante y vital, frente a cientos de periodistas de todo el mundo que registraban el histórico momento, con la cucaracha posando encima del hombro de una famosa actriz argentina—, pregúntenle lo que quieran...

Versados biólogos especializados en cucarachas parlantes fueron enviados a territorio de Subtrópico Profundo por la Asociación Internacional de Entomólogos que, tras un período de convivencia de tres meses y medio junto a Cock Roach y Thamir Table, publicaron una serie de artículos donde confirmaron el sí. “La cucaracha puede hablar” tituló *La Voz de la Verdad* en el zoom digital de noticias sorprendentes actualizadas minuto a minuto. El propio gobernador Gran Mono visitó el domicilio de Thamir, saludó en persona a Cock Roach y los invitó a tomar mates y comer bizcochitos en el Salón de los Gobernadores Monos.

Roach se sometió a tediosos experimentos científicos y exámenes psicológicos. Todos los estudios se realizaron en el chalet de Thamir, ubicado a orillas del Río Negro, y —si bien no representaron ningún riesgo para su salud— provocaron un desgaste emocional y espiritual en Cock, que no dudó en buscar refugio en los brazos de su amada Thamir Table, quien también resistió las presiones políticas y culturales, en torno a su relación amorosa con el blatodeo.

—Mis padres dejaron de hablarme —recordó Thamir para la televisión rusa—. Mis amigas no querían juntarse conmigo. Empezaron a burlarse de mí. Me decían cosas como “Salmonela” o “Ahí va… la Novia de la Cucaracha…” —sus lágrimas rodaban sobre sus mejillas coloradas, todavía rebosante del esplendor de sus épocas doradas sobre las tablas, se llevaba la mano a la frente, se descompensaba emocionalmente, asentía, al recordar a Cock—. Los primeros años fueron dramáticamente difíciles para nosotros, señor periodista. Pero él nunca se dejó estar, salió a dar la cara, a hablar con los medios, a dar respuestas a la sociedad. El «Caso de la Cucaracha Parlante» abrió los ojos de millones de personas con respecto a los prejuicios que teníamos con las cucarachas.

En su famoso discurso inaugural “Las cucarachas sí podemos”, del 10 de diciembre del año correspondiente, se ganó la admiración del pueblo argentino y de todas las cucarachas que vivían en territorio nacional:

—Señores jefes de los Estados Corporativos del Sur, representantes de delegaciones extranjeras, invitados especiales, autoridades de la Corte, señores gobernadores monos, miembros del Congreso reunidos en Asamblea; especialmente, queridas cucarachas: hoy se está cumpliendo un sueño, termina una época sin violencias y esto, que parecía tan difícil, se hizo realidad. Por eso, hoy más que nunca, les tengo que decir que tenemos que ser optimistas respecto de nuestra esperanza y de nuestro futuro.

El propio Virrey, a cargo de la presidencia de la Corporación Argentina, invitó a Cock Roach y Thamir Table a una cena de gala en Casa Rosada, donde fueron agasajados por los ceocrátas de turno, aplaudidos por celebridades e influencers, adulados por las estrellas de Hollywood. Todos querían tener su foto junto a Cock Roach. Todos querían estar con “la cucaracha que habla”, conversar sobre política, deportes, artes, sexo, ética y buenas costumbres, llevarse una selfie de Cock Roach en el hombro y subirla a la Red de Nubes.

Al año siguiente filmó su primera película *La invasión de las cucarachas mutantes*, que coprotagonizó junto a Thamir. Ese

mismo año, participaron en Saturday Night Live, e interpretaron una conmovedora versión de «Me engañaste, me mentiste» del dúo Pim-pinela, que les valió un Premio Grammy al Mejor Cover Latino No-Humano. También ese mismo año, asesoró en aspectos determinantes al director Guillermo del Toro, en la película *Mimic*, basada en el cuento homónimo de escritor norteamericano de ciencia ficción Donald A. Wollheim, donde aparece una cucaracha mutante.

Tiempo después, hubo polémica. Roach reclamó su tajada por los derechos de autoría de la novela y de la película, en una entrevista brindada a la Convención Internacional de Escritores de Ciencia Ficción, denunció que la historia inspirada en el blatodeo mutante gigante pertenece a sus antepasados, que tenía pruebas —que “serían presentadas a la Justicia oportunamente”— de que la historia en sí misma fue contada de manera oral al propio Wollheim, dada la imposibilidad de escribir para cualquier insecto, por uno de sus antepasados directos, quizás del género *Blatta orientalis*, precisó.

Un año después regresaron al país. La relación amorosa con Thamir Table se había desgastado debido a las numerosas infidelidades de Cock Roach con prostitutas neoyorquinas. Además Thamir quería radicarse en Bariloche, descansar, tomar una ducha caliente, beber vodka, y Cock en cambio hablaba de regresar a Subtrópico Profundo y dedicarse a escribir una novela autobiográfica. Habían embolsado sumas millonarias con patrocinadores, apariciones públicas, conferencias magistrales e impuestos y retribuciones por merchandising y uso indebido e inapropiado de su marca registrada.

Gran Mono lo recibió con todos los honores. Inauguraron una escultura con su nombre inmortalizado en una placa de bronce empotrada bajo el busto estilizado en granito puro por el célebre y polémico escultor Godofredo Epifanio, y emplazado en las escalinatas de Casa de Gobierno. El propio Cock Roach realizó el corte de cinta simbólico, asistido por el gobernador Mono y la alcaldesa Mona y el plenipotenciario enviado por las Corporaciones Unidas del Sur. En ese mismo acto, recibió la llave de la city y fue declarado «Ciudadano Ilustre».

Volvió a escribir para *La Voz de la Verdad*. Pactó con el CEO del influyente diario un cuantioso conchabo mensual, siempre y cuando contara “historias polémicas” le exigió el jefe del clan de la familia Ferro, Mauricio.

—Le habían dicho que querían que contaran cuestiones íntimas... de él y de Thamir, de las prostitutas neoyorquinas, de la gira mundial y el asunto con las drogas —recordó con nostalgia el editor en jefe de *La Voz de la Verdad*, Arnoldo Céspedes—. Era gente manuda, no tenía necesidad de venir a la redacción, pero venía. Los martes y los jueves. Llegaba temprano a la mañana, usaba un paraguas para protegerse de la luz, bebía café con leche, le gustaban los vigilantes con abundante crema pastelera. Después hacia dos o tres chistes boludos, y se ponía a laburar frente a la computadora, arriba del teclado se paraba, y empezaba a dictar a su secretaria virtual. Instalamos un programita en la computadora que usaba, para que no tenga necesidad de andar pidiendo a nadie que lo asista para tal o cual cosa. Técnicamente, Cock Roach era un crack, la rompía, pero no tenía manos, era una cucaracha.

Inició así su autobiografía; al principio fueron artículos reflexivos, anotaciones vagas, lista de nombres y experiencias turísticas, números de estrellas de hoteles, suvenires de viaje, se hacía preguntas del tipo: ¿tengo que hablar sobre mí en primera o en tercera persona? ¿El estilo debe ser neutral? ¿Todo lo que hacemos o callamos es político por acción u omisión? ¿Vale la pena morir por la verdad? ¿Quién desapareció a Hoffa? ¿Por qué no podemos ser Corea del Medio?

“Quién se cree que es? ¿Platón? No, es un nadie. NA-DI-E. Una simple y ordinaria cucaracha”, protestó indignado Rochi Dalmon, célebre periodista de espectáculos y columnista estrella de *La Voz de la Verdad*, quien por pedido especial de Ferro ante los pasquines filosóficos de Roach que “producía lectores deseantes”, salió a cruzarlo públicamente. Roach respondió que él siempre dijo lo mismo, que se sentía “uno más del montón”. Dalmon, en otra columna, lo acusó de “fantoche” y de “colaboracionista del servicio

secreto ruso, en contra de los intereses del Virreynato Mitrista de las Corporaciones Unidas del Sur". En una entrevista televisiva, Dalmon fue más lejos y achacó que Roach llevaba una doble vida licenciosa e indecente, que en Manhattan se acostaba con prostitutas menores de edad y que en su visita a Nepal hizo uso indebido del hachís".

La prensa amarilla comenzó a acosarlo otra vez. Exigían detalles morbosos de su vida privada y de su sexualidad. Publicaron titulares del tipo: «*¿CRISIS DE PAREJA ENTRE LA ACTRIZ Y LA CUCARACHA?*» Thamir Table y Cock Roach volvieron a quedar en el vértice de la tormenta tras las acusaciones divulgadas por el depredador de espectáculos, Rochi Dalmon, quien precisó los ilícitos que la explosiva pareja habría cometido durante la gira internacional que tuvo a Cock como protagonista único por el ser el primer insecto parlante. También fueron denunciados por evasión fiscal y lavado de activos. Thamir ya habría abandonado el country donde vivían a orillas del Río Negro».

Cock Roach denunció una persecución política en su contra. Procuró sin éxito comunicarse con Ferro aunque pudo transmitir sus inquietudes a Céspedes, el editor en jefe de *La Voz*.

Querido Arnoldo: Estoy sumamente preocupado y henchido de zozobra ante las absurdas e injustas denuncias de que soy víctima por parte del señor depredador Rochi Dalmon. Por todos los medios, intenté comunicarme con Mauricio Ferro pero no me atiende o no quiere recibirmee. Thamir todavía me guarda rencor por mis exageradas aventuras con las prostitutas neoyorquinas, lo sé. Pero no cometí ningún delito. ¿Estamos en crisis? Sí, claro. Pero lo estamos conversando, lo estamos solucionando. Ella no abandonó el country. Todo es mentira. Estoy tan triste, tan desesperado. Atentamente, Cock Roach.

El correo de e-mail enviado a su editor en jefe tuvo como resultado un llamado telefónico del gobernador Gran Mono.

—Señor Roach, estoy al corriente de su situación y quiero que sepa que voy a ayudarlo. Personalmente mediare ante Ferro.

Sepa también que desde el Gobierno apoyamos a los blatodeos que... bueno... por decirlo de algún modo... salen del clóset... y empiezan a hablar propositivamente y a contar las historias insectiles que tanto nos commueven a los argentinos, como usted lo hizo. Nosotros estamos orgullosos de haberlo nombrado Ciudadano Ilustre de Subtrópico Profundo y creemos que es un ejemplo para nuestros educandos.

Las gestiones del gobernador Mono fueron auspiciosas. Rochi Dalmon dejó de amedrentarlo y la prensa internacional abandonó la guardia que mantenía en las inmediaciones de su country del Río Negro. Thamir cedió y volvió a darle una nueva oportunidad e incluso hablaron de tener un hijo, de mudarse a Colonia Benítez. Cock Roach denunció ante las autoridades correspondientes la invasión de drones en territorio aéreo de su propiedad privada. Gran Mono asignó un escuadrón motorizado de la Policía Penitente. Más de una docena de drones fueron destrozados a plomazos. El propio Cock Roach, asistido por un exosqueleto robótico creado por los japoneses que lo hacía lucir casi humano, soltaba una jauría de media docena de dogos argentinos y salía a meter tiros a cualquiera que osara pisar su propiedad privada.

Nadie lo objetaba. A esas alturas se había convertido en una celebridad *influencer* y elegía con quién sí y con quién no, si tenía ganas o si no tenía ganas, de esto o lo otro o aquello otro. Cuando extrañamente brindaba reportajes, evaluaba el impacto de sus declaraciones, a quienes beneficiaría, a quienes no, qué intereses tocaría, cuáles no. Thamir siempre lo acompañaba a todos lados, era su «guía espiritual», su asesora en todas las cosas, y la única persona que podía hacerlo cambiar de parecer cuando tenía una decisión resuelta en torno a cualquier tema sobre cualquier cosa, sólo ella podía ejercer una opinión contraria que —en todo caso— lo hiciera modificar de rumbo. Roach había fraguado un temperamento rasposo y cabrío, no aguantaba —más de lo que fuera estrictamente necesario— la presencia de humanos ni de cucarachas de su especie ni de

otras especies de cucarachas e insectos ni de animales ni de inteligencia artificial ni de clones ni de nada, todo sobaba soberanamente sus pelotas. Las cosas que quería hacer las hacía porque las quería hacer, y punto. Quién lo iba a cuestionar, después de todo lo que había pasado para llegar a ser quien era.

Es cierto que hubo cucarachas de su propia especie *Blattodea sapiens* que lo cuestionaron severamente por el uso del exosqueleto robótico experimental que los japoneses desarrollaron especialmente para él, que lo humanizaba, decían. Ya no es más cucaracha, decían. Ya no es más.

— ¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta! —gritaba, siempre por triplicado, Cock Roach, cuando, accidentalmente, encendía la televisión y en el canal de las noticias aparecía un fulano de tal que lo había conocido, un mengano de tal que había tenido tal o cual experiencia con él, un zultano que lo había conocido en Yukón o en la isla de Borneo o en los Balcanes—. ¡Nunca estuve en Yukón! ¡Ni en Borneo! ¡Ni en los Balcanes! ¡Son unos hijos de puta!

Thamir lo consolaba asiduamente, se lo veía cabizbajo, ensimismado en sus pensamientos, ya no salía del exosqueleto. Se encerraba en su alcoba a leer, a escribir. Su psiquiatra le dijo que su biografía era fácilmente explicable, porque su inconsciente estaba estructurado como un lenguaje, donde regían la metáfora y la metonimia, igual que los humanos. Entristeció.

—Es mejor consumirse, que irse apagando lentamente —escribió en su diario, poco antes del trágico desenlace.

A la semana siguiente viajó a Roma. Cock Roach reservó la habitación 541 en el hotel de cinco estrellas Excelsior, compró por Internet media docena de ranas *Phyllobates terribilis*, unos pendientes de diamantes de tres quilates para Thamir, siete cajas de cubitos de azúcar, además de otras cosas, seguidamente le dio cien dólares a un botones para que le consiguiera una receta trucha de Rohypnol, un tranquilizante que ayudaba a contrarrestar los efectos del Síndrome de Sthendal que —sabía sólo él— padecía.

Cuando Thamir volvió de un paseo por plaza Novona, pidió una botella de champán. Roach no probó ni un solo trago. Thamir volvió a salir del hotel por unos cigarrillos. Pudo haber enviado al botones, pero quería pasear, estaba contenta pues finalmente había convencido a Roach de tomar merecidas vacaciones y dejar Subtrópico salvaje atrás.

—Él era monógamo y yo no tanto. Aun así nunca le fui infiel. Hubo una vez que estuve a punto de serlo. No ocurrió, pero cuando se enteró se sintió terriblemente traicionado —reveló Thamir a *La Voz de la Verdad*, enrejando las manos para cubrir el sollozo, después de desayunarse que Cock Roach había contratado una docena de prostitutas romanas vip para “celebrar” con una orgía final su muerte ineluctable, pues el ciclo de su vida estaba llegando a su fin—. ¡Qué pelotuda fui! —Sacó un cigarrillo, lo encendió y le dio nerviosas chupadas, se sonrió y lanzó el llanto como un vómito, gritó y pataleó. Le dio más chupadas al cigarrillo, miró al cielo, volvió a sonreírse, contuvo la rabia. Después me miró (nunca voy a olvidar su mirada), y dijo:

— ¿Sabías que una cucaracha puede vivir sin cabeza?

El final es ya conocido. Thamir volvió al hotel. Encontró a las prostitutas devorándose la cabeza del exosqueleto a dentelladas.

Las prostitutas eran en realidad clones humanoides, exosqueletos robóticos —desarrollados por científicos rusos y japoneses—, igual a un humano promedio —del promedio norteamericano— pero en realidad de humanos no tenían nada. Una agrupación de terroristas anarquistas de cucarachas pensantes autodenominada L&L (Larva & Libertad) usurpó los prototipos y sin que los rusos ni los japoneses ni los yanquis ni lo argentinos se dieran por aludidos, organizó una revolución a escala global contra la raza humana y —obviamente— contra todos los blatodeos parlantes de su misma especie que habían traicionado a su misma especie pensante presentándose como un humano más, usando aquellos blasfemos prototipos humanoides para cucarachas que habían traicionado a su patria insectil, cuando en realidad de humano no tenía nada y era tan sólo

una cucaracha común y ordinaria, y entonces lo convirtieron en un primer blanco perfecto. Ya que Cock Roach no solamente era una cucaracha común y ordinaria sino la única cucaracha común y ordinaria que podía hablar y lo hizo.

¿Cock Roach complotaba contra la raza humana? ¿Cock Roach fue extorsionado por una agrupación anarquista autodenominada Larva & Libertad para complotar contra la raza humana? ¿Amenazaron a Thamir? ¿Thamir fue cómplice o víctima? ¿Qué sabía el gobierno de Mono? ¿Una facción del servicio secreto de las Corporaciones Unidas del Sur libró los prototipos humanoides a las raleas del mercado negro de androides? ¿Por qué habló Cock Roach? ¿Por qué estaba tan deprimido? ¿Fue amenazada por el Cartel de Clones? ¿Llevaba una doble vida licenciosa? ¿Qué pasó en verdad? ¿Qué dijo exactamente en sus diarios? ¿Desde hace cuánto tiempo las cucarachas pueden hablar? ¿Las cucarachas pueden hablar? ¿Cuánto tiempo puede una cucaracha vivir sin cabeza? ¿En serio pasó todo esto?

Jamás se encontró el cadáver de Cock Roach. La habitación voló por los aires. No encontraron pedazos ni extremidades de Thamir Table. Usaron las prostitutas androides vip para subir las bombas hasta la habitación 541 del hotel Excelsior, aprovechándose de su adicción a las prostitutas y de su evidente alienación literaria de distorsión de la realidad, consumaron el ataque. Antes del siniestro, el Cartel de Clones organizó la transmisión en directo y en simultáneo a la Red de Nubes: todo el maldito planeta vio cómo las prostitutas se comían a mordiscos la cabeza del androide que Cock Roach usaba para parecer humano. Extrañamente, a la explosión sobrevivió su diario, el cual compré a un proveedor anónimo en una subasta clandestina en Checoslovaquia, me costó una fortuna pero finalmente cuando conocí la historia de mi padre y de mi madre las pessadillas se acabaron.

APOCALIPSIS TROPICAL

Por qué mierda llueve siempre a baldazos en este puto loda-zal —precisó Patricio Punk, encumbrada —en otras épocas— estrella del punk local en Resistencia city. Lo desen-cajaron los truenos, lo sacaron a los empujones de la cama los puñetazos de agua que caían desde el cielo y golpeaban el techo de chapa a martillazos. Puso los pies en el suelo y se asustó con el agua helada. Llegaba hasta los tobillos.

—Pero qué mierda...

A los zancones, y en puntitas de pie, balanceándose en su diminuto monoambiente alquilado intentó encender la luz. Pero el suministro eléctrico estaba cortado o bien habían saltado los fusibles o algún cortocircuito vaya uno a saber. Berreo pero recordó dónde había dejado el llavero que había comprado en los chinos, uno que tenía lucecita láser. Llegó a la cocina temiendo que alguna rata le arrancara dos o tres dedos a mordiscos. Encontró el llavero, tenía forma de pila triple A, y lo encendió apretando dos veces un botón-cito, en modalidad interna. Pronta e inmediatamente, percibió que algo no andaba bien.

El agua ya llegaba hasta sus rodillas y algunos muebles y discos compactos ya flotaban en su mono ambiente. Volvió a be-rrear. Culpó a los diversos gobiernos de Big Monkey por las inun-daciones, las promesas incumplidas, la falta de inversión en obra pública, las cloacas que faltaban con la guita que se afanaban los bancos. Antes era un verdadero punk y estas cosas le chupaban un huevo, pero desde que se peleó con sus padres y tuvo que abandonar su cuarto de adolescente anarquista para bancarse solo las cosas

cambiaron y tuvo que conseguirse un empleo de tiempo completo, tuvo que dejar de huevar con la banda.

Eran pasadas las diez de la noche en la city. Seguía lloviendo a baldeazos. El agua corría como un torrente furioso llevándose todo por delante. Patricio Punk asomó su cara a la ventana y volvió a ratificar que algo no andaba bien. Ciertamente, un auto flotaba en la calle. Un caballo, una heladera y un cadáver eran arrastrados por una correntada. Si bien el mono ambiente era una covacha estaba ubicado en una zona supuestamente “alta” de la ciudad, a dos kilómetros del casco céntrico.

Punk había engordado mucho, le costaba moverse. Incluso en su propio monoambiente le costaba movilizarse con sus propias piernas. Se preocupó bastante cuando escuchó a uno de sus vecinos, pudo haber sido el Lagartija, el Pulga o el Cucaracha, quizás el Gusanito, pegar un grito desaforado desde el techo de la destalada casa de enfrente. Alguno de ellos tiene que haber sido, pensó Punk, que procurando atajarse del viento y los baldeazos, resbaló y cayó a la correntada, que lo tragó como si hubiera estado viva.

Arrastró su trasero hasta el ropero y se vistió, porque dormía con calzoncillos Patricio Punk. Pensó que, si este era el fin, él debía estar a la altura de las circunstancias y revivir sus días “más punk”. Se calzó las botas negras, el jean negro apretado que apenas cerró, una musculosa negra de Los Violadores, y una mochila rasgada que alguna vez estuvo entera.

Prepararse para el fin del mundo le tomó algunos minutos. Cuando volvió a mirar por la ventana el agua llegaba hasta los muslos y la correntada ya golpeaba a su puerta. Lamentó perder sobre todo su amada colección de discos punks y la guitarra y el librito donde escribía y componía sus canciones, pues Punk no poseía más riqueza que la de su propio talento aunque eso no le sirviera para nada.

Abrió la puertita del fondo y un viento frío abofeteó su jeta con virulencia. Trepó el murito del fondo, un murito de dos metros

de altura de ladrillo visto pero con vidrios rotos de botellas incrustados en el revoque de cemento a lo largo del borde de la fila hasta la vivienda del vecino. Costó un poquito, se rebanó un dedo y tuvo que usar una garrafa de diez kilos para balancearse y saltar. Logró agarrarse por la canaleta del desagüe y subir al techo como a horcadas.

Desde arriba, se asomó a la calle y la calle ya no era más la calle sino un torrente furioso de aguas vivas que lo tragaba todo. Vio las convulsiones de una pareja aplastada por una ola amarronada que arrastraba una madeja de chatarras que la devoró justo cuando un relámpago iluminó el cielo y un rayo de siete kilómetros de longitud y diez coma dos centímetros de anchura, con una descarga equivalente a 17 mil millones de julios de energía y 180 millones de voltios, impactó hacia la zona de Plaza 25 de Mayo de 1810. El centro neurálgico del apocalipsis, imaginó Punk.

Un rugido de aquella descarga sacudió a la ciudad entera, como si un gorila la hubiese aplaudido.

Punk no tenía a nadie en quien pensar ir a salvar. Tampoco jamás salvó a nadie de nada. Ni a su propia banda de punk, de la cual fue líder, pudo salvar del fracaso. Pero Punk tenía buenos recuerdos así que pensó en sus antiguos y buenos amigos y miembros de su antigua y buena banda de punk, Taladro, tal era el nombre de aquella formación, no tenía que ver con nada pero les pareció que sonaba bueno y se lo pusieron. Qué locos que estábamos, pensó Punk.

De pronto hacia el otro lado, de las otras covachas alquiladas, emergió de entre las chapas su vecino, el Cucaracha Fernández, el dealer de la cuadra. Traía un kayak amarillo bajo el brazo, para un solo tripulante. Punk pensó de dónde puta pudo haber sacado el Cucaracha un kayak.

—Gordo, no sé vos, pero yo me rajo a la mierda.

—Dónde vas a ir, Cuca... —comentó Punk—. Tanta lluvia que caiga así, no es normal... El río fluye hacia el vórtice de la ciudad, donde cayó el mega-rayo. —Apuntó con su dedo índice hacia

la plaza principal de la city. El cielo violáceo salpicado de ramificaciones nerviosas fosforescentes volvió a rugir y empezó a llover de nuevo a baldazos—. Es el final.

—El final de qué, gordo. Qué sabés vos —lo ninguneó el Cucaracha, quien empujó el kayak hasta el borde del techo, y se lanzó en el poderoso torrente acuífero que drenaba hacia el centro de la ciudad. Lo siguió al Cucaracha con la vista hasta que la viga eléctrica con transformador y pilares de cementos le cayó encima, carbonizándolo al instante como a un bistec quemado, mientras los rápidos lo devoraban todo.

De a ratitos, bullían sobre el agua islotes de lodo exhibiendo toda clase de cosas en sus vísceras, pero sobre todo cadáveres, palmeras, monos, autos, motos, bicicletas, árboles, perros, gatos, celulares, tabletas, computadoras, televisores, radios, vacas, caballos y remolques, cubiertas y botellas de vino y alambres de púa y latas de cerveza y bolsitas de plástico y algunos que otros tarros de pororó, según lo que pudo contabilizar en su memoria Patricio Punk.

Una pavorosa ola de dos metros de altura que venía llevándose puesto todo por delante dos cuadras atrás arrasó con el complejo de casuchas de las que Patricio Punk era inquilino, literalmente las desprendió del suelo y las esparció en el gran río en el que la city se había transformado. Patricio Punk puteó contra Don Pericón, el viejo que le alquilaba el mono ambiente a un precio exorbitante, con todo lo que aumentan los precios, la inflación, la deuda externa, todo verso, fue lo último que pensó Punk, son unos hijos de puta.

Montado en su mono ambiente iba Patricio Punk, surfeando por las aguas vivas que drenaban dramáticamente hacia su vórtice apocalíptico, en Plaza 25 de Mayo de 1810. Cada tanto, caían rayos de 180 millones de voltios e infinitas ramificaciones arteriales iluminaban el triste final de todas las cosas y las personas que habitaban bajo el cielo furioso de Resistencia city tropical, hundiéndolos en un punto negro sinsentido.

Todos tragados por un puto embudo, el río fluía desapareciéndolo todo.

Cuando pensó que terminaba todo, entre toda la porquería que había en el agua, apareció flotando encima de un lavarropas, lo reconoció enseguida a Don Pericón, quien le reclamó a los gritos el pago de los alquileres atrasados, antes de ser succionado por una anguila eléctrica gigante de dos toneladas y media, cuya boca era el embudo.

—Así termina una de mis canciones —se dijo a sí mismo Patricio Punk, y sonrió.

MIENTRAS TOMABA UN CHOPP

El ingeniero Gerardo Alumbrelli jamás imaginó que sentarse a la mesa de un bercito céntrico a beber un chopp junto a su familia ocasionalaría una revuelta cívica que por muy poco no culminó en linchamiento patriótico y posterior renuncia del gobernador Gran Mono. Como todos saben, a partir del 2020 todos los gobernantes a cargo pasaron a llamarse Gran Mono, a la manera de los gobernantes primigenios del Paleolítico pero en el marco de una ficción futurista. Alumbrelli era consciente de que desde el decretazo que puso en funciones al Gran Comendador del Tabernáculo la gente andaba con los ánimos crispados y en la calle, en la plaza, en los colectivos te cagaban a trompadas por cualquier boludez o te linchaban si te veían cara de negro y ñeri malnacido. Sin embargo, el ingeniero Alumbrelli vislumbró que podía sacar mucho provecho personal suyo muy particular cuando aceptó el cargo público que el Gran Comendador del Tabernáculo le había propuesto oficialmente, enviado por Gran Mono.

Pero, cuando la ingeniera Edith *Flecos* Stafuza prometió inyectar a la red eléctrica de la city ciento treinta y ocho mil millones de voltios mensuales a partir de un compuesto químico secreto basado en la segregación perpetua de jugo de naranjas —sí, jugo de naranjas naranjas— y darle así solución definitiva a los permanentes cortes de suministro de energía eléctrica, todo el mundo, incluso el propio Alumbrelli, pensó que era un chiste. Que se trababa de una broma pesada de muy mal gusto, más que nada por el lema de la campaña proselitista: Fusión Naranja, que aludía a la controversial Fusión en Frío prometida por Gran Mono en la campaña anterior y

jamás cumplida, como la mayoría de las promesas de Gran Mono. De todas maneras, la alcaldesa Stafuza pasó a liderar la intención de votos en las encuestas e incluso fue entrevistada en televisión *prime time* por el criogenizado periodista semivivo de Nelson Castro.

Días atrás, el Eterno Pontífice Paparopulo Francesco no había vacilado en encomendarle especialmente la cuestión: “Edith, vos tenés que ser la próxima gobernadora tropical”. Después de bendecirla con la señal de la cruz, “Su Santidad —detalló a su regreso de Roma la alcaldesa— alzó ambos brazos y levantó levemente la vista papal hacia el prístino cielo italiano y su sotana comenzó, así divinamente, por obra y gracias del Señor, a irradiar luminiscencia, luminiscencia avalada oficialmente por Dios Padre Todopoderoso”. Todo con Stafuza era así, rosado kitsch.

En el 2019, un golpe de Estado orquestado por Niño Macri y financiado por la milicia de la Asociación Mundial del Rifle derrocó al Gobierno Federal y decretó Estado Permanente de Unitarismo Mitrista. Una vez en el poder, Niño Macri se autoproclamó Virrey Perpetuo de Buenos Aires y encomendó a la comunidad cristiana la decapitación de pansexuales e infieles. Impuso We Will Rock You como cortina musical en sus apariciones holográficas publicitarias y organizó entregas gratuitas de cápsulas inyectables de solución salina para aumentar la densidad de las tetas de las mujeres y ganar así el cariño popular de la gente.

El Gran Comendador del Tabernáculo advirtió a Alumbrelli que el trabajo, en aquel contexto político y social, sería complicado. Le dijo que Gran Mono le dijo que le dijera que debía gobernar para los niños pobres que tienen hambre tanto como para los niños ricos que están tristes. “Leí todas las obras de Sócrates y estoy en condiciones de afirmar que hay cosas que sabemos que sabemos. También hay cosas desconocidas conocidas, es decir que sabemos que hay algunas cosas que no sabemos. Pero también hay cosas desconocidas que desconocemos, las que no sabemos que no sabemos — dijo El Gran Comendador del Tabernáculo, y, palmeando el hombro

de Alumbrelli, corrugó su pera puntiaguda, compuso un incomprendible gesto simiesco, y remató mirándolo a los ojos—. “Tenés

que poner la jeta, compa- ñero”.

El ingeniero Alumbrelli acarició suavemente sus bigotes con la yema de sus dedos índice y pulgar, permaneció pensativo unos instantes y respondió que sí, que estaba dispuesto a hacer el trabajo sucio, que pondría su jeta siempre y cuando, advirtió, eso sí, y era esto innegociable, se rubricara un memorándum firmado por él mismo ascendiendo —sí, él mismo, a sí mismo, ascendiendo— de la categoría I a la L, lo que representaría un aumento superior al cincuenta por ciento de su salario de bolsillo y también ingresarían en el paquete, los viáticos, los restaurantes, el combustible de los vehículos oficiales de alta gama (a disposición en forma constante y permanente, con chofer, las veinticuatro horas) y por último unos jugosos contratillos para su señora esposa y sus bienamados vástagos, quienes desempeñarían tareas como sus plenipotenciarios asistentes y núcleo duro de su Secretaría Privada.

El Gran Comendador del Tabernáculo se mostró meditabundo. Metió la mano en el bolsillo interno de su saco fosforecente y sacó una cápsula blanca de benzoilmetilecgonina, la partió al medio chasqueando los dedos y la llevó hasta su nariz y la esnifó; fueron dos nariguetazos precisos, muy profesionales. Después digitó una videollamada con su teléfono celular; del otro lado de la pantalla apareció Gran Mono y dijo que ya lo sabía todo y aprobó en el acto el enroque golpeándose el pecho y, sin más, cerró la videollamada.

EL SECRETARIO DE DEFENSA DE LOS ESTADOS UNIDOS ACONSEJA ACOSTUMBRARSE A UNA GUERRA PERPETUA. El titular de tapa de *La Voz de la Verdad* llamó poderosamente la atención del ingeniero Alumbrelli y rápidamente continuó la lectura del copete: “Durante su participación en un foro de seguridad mundial organizado en Aspen, Colorado, el secretario norteamericano de Defensa y Exportación de Democracia a Medida, Chuck Hagel, declaró que estamos viviendo en tiempos que darán lugar al Nuevo Orden Mundial”. La jeta de Alumbrelli se comprimió en un punto negro y borroso y se preguntó a sí mismo si él sería parte del Nuevo Orden Mundial y si Gran Mono lo sería y si lo sería también el Virrey Macri y si El Gran Comendador del Tabernáculo podría serlo también. Tales eran las cosas que pensaba el ingeniero Alumbrelli, muy temprano a la mañana, cuando desayunaba sus habituales palmeritas del San José y una espumosa tacita de café con leche.

Estudiar el flujo del lenguaje es una manera de estudiar la conciencia. El autor real verdadero nunca podrá terminar de desarrollar un contexto ya que siempre, siempre hay algo que agregar, que se puede agregar. Es el texto leído en la propia interioridad, que pone en crisis la idea de representación. La idea de tradición en cambio es un contexto que viene cerrado, empaquetado. La tradición enmarca cómo se localiza el lugar desde el cual se conoce, hay que tomar una determinación. Fíjense si no el caso de Juan Molinari: es paradigmático, teniendo en cuenta que el espacio lo sitúa en un flujo narrativo de sentido simbólico aunque no obstante coyuntural al futurista relato.

Fue un artista conceptual mediocre, trágicamente aturdido por causa de la marginalidad y el macrismo recauchutado. Se casó con la última ciudadana boliviana y procreó media docena de vástagos a los que debía alimentar. Acudía todos los días a un centro de asistencia social ubicado a ciento cincuenta metros de su casilla gra-

vitatoria para careciados, en espacio aéreo usurpado, a unos quinientos metros del monumento flotante de granito puro erigido en memoria de Gran Mono. Allí Molinari recogía diariamente las bolsitas con el líquido vitamínico que mantenía con vida a su prole y que el Gobierno distribuía hacía un año en forma gratuita con moderado éxito a los negros en situación de indigencia extrema. “Con las bolsitas vitamínicas evitamos que se mueran, y estamos erradicando la delincuencia” había declarado una semana atrás el ministro de la Felicidad Teobaldo Cauteloso.

Así y todo, cuando la empresa japonesa Orient Industry anunció la creación de su nueva gama de muñecas hechas con silicona de alta calidad —las cuales se veían tan reales que era difícil distinguirlas de una mujer real verdadera a primera vista—, Cauteloso ordenó la importación de cien mil de aquellas muñecas sexuales valuadas en sesenta y siete mil quinientos treinta y seis pesos con noventa y nueve centavos por unidad. Como la guita que le sobraba a Cauteloso no era suya también pidió modelos especiales: las había rusas, asiáticas, chilenas, africanas, correntinas, rioplatenses y réplicas exactas de Susana Giménez y Moria Casán; estas últimas, revestidas de carácter de «especiales» serían repartidas entre el interinato de primera y segunda instancia, y el resto de las muñecas entre los marginales machos de las castas explotadas. Eso sí, solamente a los mayores de dieciocho años, para evitar confrontaciones estériles con Su Santidad Paparopulo Francesco y mantener, al mismo tiempo, conforme a Gran Mono en tiempos electorales.

Cuando la mujer de Molinari volvió de su trabajo esclavo mal pago de catorce horas diarias como diseñadora holográfica de la corte publicitaria de Gran Mono y encontró a los niños jugando a la revolución agraria con las últimas zanahorias que había en la heladera y a él, su marido, aplastado en el catre del habitáculo, culo arriba, bombeando a la muñeca sexual asiática distribuida gratuitamente por el Gobierno, montó en cólera y lo asesinó a los hachazos. A los niños les pidió que colaboraran, que trapearan el piso con lavandina y limpiaran los charcos de sangre y juntaran las piernas y

los brazos de papá Molinari y los pusieran adentro de bolsas de nylon negras y que las arrojaran por el balcón, eso le dijo a su media docena de críos la mujer del artista conceptual Juan Molinari.

“¡Hay que tomar una determinación!”, sugirió con tono imperativo e impostado, aunque muy entusiastamente, el Gran Comendador del Tabernáculo al señor gobernador Gran Mono, recién llegado del Canal de Panamá. Del viaje inesperado por el caribe se trajo un souvenir abominable que presumió encorvándose sobre sí mismo frente al Gran Comendador como si fuera un niño rico odioso y presumido. Se sintió, en algún punto, la razón por la cual sus antepasados primitivos existieron.

Nadie conocía a ciencia cierta la ubicación real verdadera del búnker de Gran Mono. Desde una plataforma espacial instalada en Taco Pozo, la astronave de Gran Mono salía eyectada hacia la atmósfera, se remontaba a la estratosfera de manera tal que en uno o dos minutos podían estar, él y su séquito de peluqueros, tomando decisiones de alto impacto institucional en un paraje selvático de Pampa del Infierno o en Villa Río Bermejito, en una ubicación secreta, obviamente. El Gran Comendador del Tabernáculo conocía la sabiduría de Gran Mono: él y solamente él podía dar las órdenes. Razón por la cual conjeturó que lo mejor era madrugarlo, azuzarlo intencionalmente con la cuestión de mayor sensibilidad social en la agenda política de Gran Mono: la anarquía.

“¡vagos de mierda, no quieren laburar!”, farfulló Gran Mono ni bien

escuchó la palabra anarquía. Por la comisura de sus labios chorrearon hilillos de baba. Estaba mascando tirria, estudiando la manera de impulsar una purga democrática, establecer una fecha, una vez

por año, en que la gente tendría la posibilidad gratuita de palear a cuanto negro de mierda se le diera la gana. El Gran Comendador del Tabernáculo no quería, empero, llegar tan lejos, así que carraspeó la garganta cuando le empezaron a brillar los ojitos a Gran Mono y le dijo, le sugirió más bien, que las decisiones drásticas sólo podrían conducirlo a derrapar en las encuestas, lo cual no sería beneficioso para el Gobierno teniendo en cuenta la cercanía de las elecciones y lo más importante de todo, sin duda alguna, pondría en juego la dinastía del mandato de su hijo Gran Chimpancé. Esto último conmovió a Gran Mono. El Gran Comendador volvió a esnifar otra cápsula de benzoilmetilecgonina y ladeó una sonrisa y le dijo a Gran Mono, acercándose a su peluda oreja:

— Envíemos al ingeniero Alumbrelli.

— ¿Y quién puta es Alumbrelli? —cuestionó Gran Mono rascándose la nariz.

— Gerardo Alumbrelli, señor —dijo El Gran Comendador. Intercalando un suspiro, deslizó el dedo sobre la pantalla de su teléfono celular y se disparó una proyección holográfica con la ficha biográfica tridimensional del ingeniero girando sobre su propio eje y desplegando una serie de gráficos y tortas estadísticas interactivas. Y prosiguió: —Es la persona idónea para ocupar el cargo, no es homosexual, la mayoría de sus clones tomaron la comunión y jamás se masturbó.

— Alumbrelli, eh. Alumbrelli... —dijo Gran Mono, frotándose la pera con la mano.

Un centenar de aeronaves no tripuladas merodeaban el archipiélago de villas gravitatorias que oscilaban sobre las ruinas del ex Puente General Manuel Belgrano. Habían sido enviadas por el ministro del Orden Público y la Buena Conducta, Florcito Power, con el propósito de vigilar en simultáneo al pobreterío mientras plenipotenciarios de Teobaldo Cauteloso distribuían las muñecas sexuales entre el negrerío, monitoreados por las cámaras de vigilancia conectadas al simulador de vuelo espacial que El Gran Comendador del

Tabernáculo tripulaba desde una ubicación secreta, estratégicamente convenida, para mantener el operativo a raya y muy especialmente para controlar que las cosas no se salieran, valga la redundancia, de control.

Sin embargo, alrededor de las doce y media del mediodía, cuando el solazo ardía en lo alto como una bola de fuego, policías del Escuadrón Pacificador del Virreinato mitrista, responsables de la repartición de las muñecas sexuales en el territorio aéreo usurpado, “fueron presa del descalabro sexual que produjeron las enormes tetas artificiales de una treintena de femeninos, que —según se desprendió del informe oficial redactado por el sargento de la División Motorizada Pacificadora, Rubber Bullet— *calentonearon* a los agentes de la ley y el orden, luciendo escotes profundos e indecorosos, por lo que se procedió a la posesión de los mismos.

“Dicho accionar policial, debidamente justificado, causó que las enajenadas acudieran a la violencia y nos amenazaran con romper nuestras jetas con botellas de cerveza, razón por la cual di a mis oficiales la orden de proceder sujeto a derecho según lo establecido por la Ley de Insinuación Obscena N°6969, inciso *c*, apartado *d*, del capitulado CXVIII, que establece: «Los agentes de la ley y el orden podrán tener acceso carnal al sujeto femenino que se comporte de modo indecente frente a los mismos, situación que será determinada *in situ* a discreción por el guardián de mayor jerarquía presente en el operativo». Por lo cual —consignó, para redondear, el sargento Bullet en su informe oficial— se procedió legítimamente según la normativa, actuando tal y como lo establecen los parámetros legales del Código Único de Penetración Carnal de la Argentina, que prohíbe explícitamente la sodomía pero autoriza otras formas de acceso carnal al sujeto femenino, en caso de que el responsable jerárquico encuentre a la sospechosa en delito flagrante”.

El doctor Abu Muhammad, ministro de Salud del gabinete espermético de Gran Mono, explicó a *La Voz de la Verdad* que las cápsulas inyectables se aplican por detrás de cada glándula mamaria

en ingestas cantidades de centímetros cúbicos, las cuales contienen una solución especial de cloruro de sodio, que aumenta el volumen de tetas hasta lograr el tamaño deseado. “Solamente la perversamente de Virrey Macri podría haber lucrado una maniobra pre-meditadamente ruin y perversa” remató el doctor Muhammad, iniciando así —todavía sin saberlo— una torsión semántica en el flujo del lenguaje del devenir de los hechos simulados, por lo cual el autor real verdadero al final del cuento, sí logró urdir una técnica que le permitió administrar la complejidad de la maquinaria arborescente del contexto total, tirando por tierra el falso mito de que siempre queda algo por agregar.

La idea de tradición, entonces, no enmarca cómo se localiza el lugar desde el cual se conoce, sino que lo determina. Es el texto leído en la propia interioridad, que pone orden a la idea del caos. Es imposible tomar una determinación y no contar absolutamente nada.

